BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA

Núms. 3 y 4 **1929** **NOVIEMBRE-DICIEMBRE**

SUMARIO

EL STAR PUBLISHING TRUST, DE EERDE, OMMEN, HOLANDA PUBLICA EN INGLÉS EL BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA, SIENDO LOS EDITORES LADY EMILY LUTYENS Y D. RAJAGOPAL, M. A., LL. B. (CANTAB.)

EDITOR: FRANCISCO ROVIRA

DIRIGIR LAS SUSCRIPCIONES AL EDITOR: APARTADO 867, MADRID, ESPAÑA

PRECIO: PARA ESPAÑA Y AMÉRICA, OCHO PESETAS AL AÑO (DOCE NÚMEROS); PARA OTROS PAÍSES, DIEZ PESETAS. NO SE ENVÍAN RECIBOS A MENOS QUE SE NOS REMITA EL IMPORTE DEL FRANQUEO. PRECIO DE UN NÚMERO SUELTO, SETENTA Y CINCO CÉNTIMOS DE PESETA. LOS EJEMPLARES SE ENVÍAN A RIESGO DEL SUSCRIPTOR.

PUBLICADO POR LA AGENCIA PARA ESPAÑA DE

THE STAR PUBLISHING TRUST

PROGRAMA EDITORIAL

Dar informaciones auténticas de los discursos y conversaciones de Krishnamurti.

Exponer las opiniones de Krishnamurti sobre la vida y, a la luz de estas oponiones, examinar los diversos aspectos del pensamiento contemporáneo.

Hacer la crónica de las actividades de Krishnamurti.



Los editores no asumen responsabilidad alguna por cualquiera de las opiniones expuestas en los artículos firmados por sus autores.

Además, Krishnamurti desea quede aclarado que él no puede ser hecho responsable por los artículos que copien sus escritos o dichos si no van firmados por él. En las referencias de lo que él diga, se hará todo lo posible para que resulten una exposición precisa de sus ideas.



En lo más selecto de los valles
Existe el gemido y el lamento,
En las grandes avenidas de los hombres
Están las risas de las mudables tristezas,
En los cantos melodiosos
Está la vacuidad del deseo colmado,
Sobre la elevada montaña
Espera el silencio de la muerte.

Como las olas del mar
Se suceden las acciones de los hombres
Solo para romperse sobre las playas de la gloria vana.
El torbellino del amor joven
Crece triste en el lapso de un solo día.
El pensamiento conquista las grandes regiones del
Y siempre vuelve al cautiverio *[tiempo,*
De una mente engañadora.

¡Ay! el deseo es tan joven como el primer rayo de la
aurora
Y triste como el cortejo que lleva el muerto a la tumba.

Lucha, la persecución del placer fugaz,
Trabajo, la torpe pena de la ambición fácil,
Lucro, la reunión de los tesoros peculiares del rico,
Dominio, el grito del juicio pervertido que ahoga el
corazón del opresor,
Codicia, la crueldad de la privación que pervierte el
crecimiento de la vida,
Temor, la impaciente busca del asilo de la comodidad,
Culto, el profundo olvido de la confusión de muchos
deseos.

Al son de la lejana flauta
Corre el ancho, añoso río,
Lozano con nuevas aguas.

Muchos cantos se entonan en loor de la felicidad,
Muchos dioses se invocan como guías hacia la felicidad,
Muchos cielos son ensalzados como atractivos para la felicidad,
Muchos altares se elevan a la felicidad,
Muchos ritos se ejecutan como ofrendas a la felicidad,
Muchas bendiciones se solicitan como protección para la felicidad,
Muchas verdades se exaltan en ansias por la felicidad,
Muchas virtudes son solicitadas en temor por la felicidad,
Muchos tesoros se acumulan confiando en la felicidad,
Muchos deseos se satisfacen esperando la felicidad,
Muchos sacrificios se hacen buscando la felicidad,
Muchas austeridades se imponen anhelando la felicidad.

Hundida en el lodo germina la semilla del loto,
La suave fragancia yace oculta en el corazón de la flor.

— J. KRISHNAMURTI

El deseo es vida,
Y la libertad de la vida es el librarse del deseo.
El amor es vida,
Y la felicidad de la vida es la incorruptibilidad del amor.
El pensamiento es vida,
Y la unión con la vida es la gloria de una mente ilimitada.

Yo estoy unido
A la eternidad de la vida,
Inseparable, inmarcesible e inmensurable.
Mi inmortalidad es mi Amado,
El Amado de toda vida.

— J. KRISHNAMURTI

En el silencio de un atardecer,
Canto mi amor.

¡Oh Vida, Oh Amado!
Solo en ti hay eterno amor,
En ti únicamente está el perpetuo brotar del pensamiento.

La razón, el tesoro de la mente,
El amor, el perfume del corazón,
Son de la misma substancia
Aunque fundidos en distintos moldes.

Como una moneda de oro
Tiene dos caras
Separadas por una delgada pared de metal,
Así, entre el amor y la razón
Está el fiel del entendimiento.

¡Oh Vida, Oh Amado!
Solo en ti hay eterno amor,
En ti únicamente está el perpetuo brotar del pensamiento.

— J. Krishnamurti

NI EL TIEMPO...

POR J. KRISHNAMURTI

Ni el tiempo ni el espacio existen para el hombre que conoce lo eterno. El espacio y el tiempo son reales para el hombre todavía imperfecto; el espacio se divide para él en dimensiones, y el tiempo en pasado presente y futuro. Mira tras de sí y ve su nacimiento, sus adquisiciones, todo lo que ha dejado en pos. El pasado se modifica continuamente por medio del futuro, que se va sumando a él. El hombre dirige la mirada del pasado al futuro, donde aguarda la muerte, lo desconocido, la oscuridad, el misterio.

Esto le fascina y ya no puede librarse de ello. El misterio del futuro representa para él la realización de todos sus deseos, que el pasado le ha negado, y en sus sueños vuela a ese brillante horizonte donde debe de existir la felicidad, donde ha de encontrarla.

¡Fatal error!

¡Nadie rasgará el misterio infinito del futuro—impenetrable en su ilusión evanescente—, ni el mago, ni el profeta, ni Dios! Por contra, ese misterio cercará al hombre, no le dejará escapar, destruirá el resorte principal de su vida.

La Vida no se alcanza por medio del pasado, ni a través del espejismo del futuro. La Vida no puede alcanzarse con intermediarios, ni conquistarse para otro.

Este descubrimiento sólo puede hacerse en el momento actual—por el propio individuo, no por otros—por el individuo que se ha convertido en el «Yo» eterno. Este «Yo» eterno lo crea la perfección del individuo—perfección en la que están contenidas todas las cosas, hasta la humana imperfección: el hombre—que no ha alcanzado todavía en el presente esa condición de la vida—vive en el pasado que lamenta, vive en el futuro en que espera, pero nunca en el presente que ignora. Este es el caso de todo el mundo.

Equilibrado entre el pasado y el futuro, el «Yo» se sitúa como el tigre dispuesto a dar el salto, como el águila dispuesta a volar, como el arco preparado para disparar la flecha.

Este momento de equilibrio, de alta tensión, es «creación». Es la plenitud de toda vida, es la inmortalidad.

El viento del desierto borra toda huella del viajero. Sólo permanece el rastro del presente. El pasado... el futuro... son la arena que el viento mueve.

— *J. Krishnamurti*

KRISHNAMURTI EN EERDE

Estas charlas las dió Krishnamurti este verano en una reunión del Castillo de Eerde y finalizan la serie comenzada en el BOLETIN de Septiembre.
Krishnamurti quiere advertir claramente que no están autorizadas las informaciones sobre estas charlas que aparezcan en cualquier otra revista y no puede garantizarse su autenticidad.

LOS EDITORES

Jueves, 18 de Julio:

He de advertir—y esto lo he dicho ya otras veces—que lo que yo digo no constituye una teoría nueva, una más entre las innumerables teorías, filosofías y sistemas ya existentes. Nada tiene que ver con esto. Es lo que yo considero como la vida—el todo. Y, como yo vivo eso, digo que es la quintaesencia de toda vida, la culminación de toda vida, la flor de toda vida. Yo hablo de la fruición de mi vida, que es la vida de todo el mundo. Os ruego, pues, no consideréis lo que yo digo como una teoría intelectual a desarrollar, como un descubrimiento emocional que disfrutar.

Yo hablo de algo que es real para mí, que yo vivo. Para vosotros todo esto es extraño, porque os dejáis seducir todavía por teorías, por creencias, por sistemas que os hagan evolucionar. Lo que yo digo se refiere esencial, vitalmente a la vida, a esa vida diaria que ha de hacerse perfecta—para todos, no solamente para los menos.

Cuando digo «vida», doy a esta palabra un significado especial: la vida—no de una parte, la vuestra o la mía—esa vida que es el todo, que comprende la vuestra y la mía, que es la raíz de todas las cosas, que es activa y estática, transitoria y eterna. Lo es todo. Esa vida, que es la raíz de todas las cosas, creó al hombre y al dios. Este dios no es otra cosa que el hombre ennoblecido, libre; este dios, que es el hombre, está en armonía con lo eterno, con la vida. He aquí la función del hombre: armonizar su «yo», su personalidad, con lo eterno. No es por medio de la meditación, por medio de la filosofía como establecéis esa armonía, sino por medio de la lucha, de inspección y de nueva lucha—lo cual no queréis. No queréis lucha, queréis un sendero fácil, suave. Esa armonía ha de establecerse entre lo que es pasajero, que está en cada uno de nosotros, y lo que es constante, que también está en cada uno de nosotros.

La vida crea al hombre y le deja en absoluta independencia, co-

rruptible, limitado, esclavo de las circunstancias. Como es independiente, como es libre, puede escoger por sí mismo. Pero, por su carencia de capacidad, por su ignorancia de lo esencial, escoge aquellas cosas de su alrededor que son triviales.

Si os paráis a pensarlo, veréis que esto puede aplicarse a cada uno de vosotros. Si miráis dentro de vosotros mismos, veréis que existen el «yo» cambiante y el «yo» inalterable. No interpretéis esto como el Ego y la Mónada, y, os regocijéis por ello. No sabéis de ellos más de lo que sabéis de esto que yo digo. Si miráis en vuestro interior, veréis el «yo» cambiante, siempre inquieto, en constante variación. ¿No es esto así? Y, a la vez, veréis el «yo» que es constante, inalterable, seguro, tranquilo, firme. Pero de este «yo» nada sabéis.

Existen, pues, los dos, y cada uno de vosotros tiene en consecuencia que convertir el «yo» cambiante, la personalidad cambiante, en el «yo» inalterable, tranquilo, todo integridad. Es decir: tenéis que convertir, o más bien transmutar, lo cambiante en lo inalterable, pues no podéis hacer cambiante lo inalterable, no podéis hacer transitorio lo eterno; debéis transmutar lo cambiante en lo inalterable más bien, por medio de la purificación, por medio del esfuerzo, por medio de la renuncia, por medio de los sacrificios, por medio de una lucha contínua. Como no os es posible hacer transitorío lo eterno, como no os es posible armonizar el «yo» eterno con el «yo» cambiante, progresivo, tenéis que convertir ese «yo» progresivo y cambiante en el «yo» eterno. Pero, al revés, lo que todos procuráis es convertir el eterno en transitorio. Por eso tenéis refugios confortables, filosofías, dioses, templos, iglesias y religiones, porque queréis evitar el esfuerzo, el dolor, la aflicción, queréis evadiros en vez de cambiar. Queréis evadiros, queréis olvidar, y sumergiros en lo eterno. ¡No podéis! Donde hay corruptibilidad no puede existir la incorruptibilidad; donde hay imperfección no puede imperar la perfección. Tenéis, pues, que convertir ese «yo» progresivo, cambiante, constantemente variable, en el «yo» incorruptible, constante, invulnerable, todo integridad, inalterable, eterno, que ni es ni deja de ser, ni es sabiduría ni deja de serlo.

La verdad está en el proceso de transmutación, no en la mera consecución. La verdad surge mientras os acercáis a lo eterno, no en la realización final. La realización final es natural, es el resultado de un proceso ininterrumpido. Debéis mirar a esa verdad, a esa

vida, a esa liberación, a esa felicidad, mientras dura el proceso de transmutar lo progresivo en lo inalterable, en lo eterno. Debéis, pues, ocuparos del «yo» progresivo, pues en esto radica la armonía eterna, en hacer a ese «yo» puro, fuerte, impávido, íntegro en sí mismo, completamente libre de toda ilusión.

Después de esta charla fueron presentadas algunas preguntas suscitadas en las discusiones que se siguieron.

PREGUNTA: ¿Cómo concebís el nexo, la relación entre el «yo» progresivo y el «yo» eterno? ¿Por qué desea el «yo» progresivo convertirse en el «yo» eterno?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué queréis ser felices? ¿Por qué queréis ser libres? ¿Por qué queréis armonía en todo lo que hacéis? ¿Por qué busca siempre el «yo» afligido, dolorido, la calma, la serenidad, el equilibrio? Queréis conquistar la aflicción y el dolor y establecer dentro de vosotros eso que es incorruptible y, por lo tanto, está pleno de felicidad eso que no sujeta, que es libre.

PREGUNTA: ¿Es «la simple unión» la fusión del «yo» progresivo con el «yo» eterno?

KRISHNAMURTI: A todos os gusta esa expresión de la «simple unión», pero nada significa para vosotros. Parece tan sencillo que todo el mundo cree que puede conseguirlo. La simple unión es muy difícil, porque se precisa ser un genio para ser sencillo, no me refiero a esa clase de sencillez que es una niñería, a una sencillez cruda, sino a la verdadera sencillez del refinamiento, a la superación de todas las cosas externas. Esa sencillez es el resultado de una gran aflicción, de un gran dolor, de una gran comprensión. La pregunta es ésta: «¿Consiste el progreso en la unión del «yo» progresivo con el «yo» eterno?» Naturalmente. Pero sucede que queréis esta unión con lo eterno sin estar antes en buena armonía con vuestros amigos, con vuestros semejantes, sin ser antes tolerantes con aquellos que son o demasiado intelectuales o no lo bastante intelectuales. Para consumar esta unión con lo eterno, debéis primero tener armonía dentro de vosotros mismos. Todos creéis que esto es algo remoto, pero ni es remoto ni está a la mano.

PREGUNTA: ¿Son una misma cosa el «yo» eterno y la «vida»?

KRISHNAMURTI: Lo son.

PREGUNTA: Si la Verdad está en el proceso, ¿es entonces progresiva la perfección? ¿Se hace la perfección más y más perfecta?

KRISHNAMURTI: Desde mi punto de vista, no. La perfección de carácter no es progresiva; lo que es progresivo es otra cosa. Es así:

El yo—la mente y las emociones—, tiene que ser progresivo, hasta alcanzar la perfecta armonía con lo eterno. Mientras camináis hacia una cosa, hay progreso; pero, en cuanto llegáis a eso que constituía el objeto de vuestro progreso, cesa ese progreso y comienza otra clase de progreso, otra clase de perfección. Mientras camináis hacia lo eterno, existe el deseo de perfección. Pero, en cuanto os ponéis en armonía con lo eterno, cesa esa perfección progresiva que habíais seguido. Consideráis esto con mente y corazón limitados en el momento presente; todo, pues, es para vosotros progresivo, bien se trate de lo imperfecto o de lo perfecto, de lo bueno o de lo malo; vuestra mente juzga dentro de la limitacion. Cuando yo hablo de esa eternidad que está fuera de la limitación, aplicáis los términos de perfección progresiva, de limitación, a algo que no puede describirse con palabras. Después de todo, lo que yo os describo sólo es para vosotros una especie de sensación; sensación incierta, pues no podéis argumentar sobre ella, no podéis explicarla. Empero, cuando ello constituye conocimiento propio, certeza propia, no os importará discutirlo, hablar de ello, dudar de ello, y nadie os hará vacilar.

PREGUNTA: El «yo» progresivo, que no está en perfecta armonía con lo eterno, se opone a las condiciones sociales. Después de armonizarse con lo eterno, parece estar todavía en oposición, aunque expresa las necesidades más hondas de la sociedad.

KRISHNAMURTI: Es decir, «mientras el «yo» no está en armonía con lo eterno, ese «yo» tiene que rechazar las condiciones sociales; pero, una vez que ese «yo» ha alcanzado la armonía, ¿no expresa las necesidades más hondas de la sociedad, aunque parezca rechazar las condiciones sociales y económicas del mundo?» Cuando vosotros, como individuos, no estáis todavía en armonía con lo eterno, tenéis que oponeros, naturalmente, tenéis que rechazar todas las circunstancias externas. Os rebeláis contra todo lo que os es impuesto de un modo superficial, con autoridad, por medio del temor, por medio de la ambición. Si os rebeláis contra las cosas no esenciales que quiere imponeros la sociedad, las condiciones sociales, la humanidad, cuando quede establecida esa armonía con lo eterno seréis todavía más rebeldes. ¡Pero aún no os rebeláis siquiera contra las cosas corrientes! Tenéis miedo, no sentís una verdadera ansiedad. Sentís ansiedad por las cosas que no importan lo más mínimo, os habéis hecho sabios en las cosas pueriles. Hemos de formar hombres fuertes, que sean rebeldes porque están en armonía con lo eterno, lo cual es mucho más grande y más admirable que ser rebeldes por no estar en armonía. Cuando estáis en armonía, queréis

cambiar a los demás, cambiarlo todo; sois la llama que brilla esplendorosa. Necesito una docena de individuos que anhelen ESTO, no sus pequeños dioses particulares, ni sus pequeñas profesiones peculiares. Para ser realmente rebelde, para tener ese éxtasis de propósito nacido de la armonía con lo eterno, el «yo» progresivo tiene que rebelarse contra las circunstancias externas, lo que significa atención y autorecordación constantes.

PREGUNTA: ¿No es vuestra opinión que, cuando uno se reconoce y se siente identificado con la vida, y vive la vida, dirigido por su voz interior, que es la voz de la vida, desaparecen todas las limitaciones y experimentamos esa felicidad de que habláis?

KRISHNAMURTI: Otra vez volvéis a lo misterioso. La vida no tiene voz, esa voz interna es el resultado de vuestras experiencias. La vida os deja en libertad para que avancéis hacia la vida – hacia el todo. No tiene nada que ver con los individuos. No toméis esto como un dogma cruel. Si la vida tuviese que ver con vosotros, seríais muy distintos, seríais perfectos, emocional, mental y físicamente. La voz interna es el resultado, la consecuencia, de vuestra propia experiencia, que es intuición.

PREGUNTA: ¿Se produce de súbito la visión de la esencia del «yo», de lo eterno, o por grados?

KRISHNAMURTI: ¿Brilla la luz del sol de repente? ¿Alcanza el sol su cénit en un instante? ¿Llega la primavera en un día, acompañada de su verde follaje, u os envuelve la oscuridad de improviso? Queréis que esa visión surja de pronto—por eso hacéis la pregunta. Queréis que se os muestre en seguida. No puede ser así. Por el contrario, es un proceso contínuo, incesante—sombra tras sombra, luz tras luz, dolor tras dolor, placer tras placer.

PREGUNTA: ¿Es el «yo» de que todos somos conscientes el «yo» progresivo, sin tener en cuenta su grado de desarrollo?

K.: Seguro. Sólo sois conscientes de ese «yo», no del «yo» eterno.

PREGUNTA: ¿Comienza únicamente el verdadero progreso cuando se ha dejado por completo lo no esencial?

KRISHNAMURTI: El verdadero progreso comienza cuando el «yo» progresivo empieza a sumirse en el «yo» eterno. ¿Cómo os libraréis de lo no esencial? Cuando reconozcáis la estupidez, lo pueril de todas esas cosas. ¿Y cómo se llega a eso? Por la acción mental, por el sufrimiento, por la investigación, por el estudio, por el sentimiento grande.

PREGUNTA: ¿Puede educarse el «yo» antes de alcanzar la liberación?

KRISHNAMURTI: Ello es posible. Después no cabe educación del «yo». Pero, otra vez buscáis la manera de eludir la educación del «yo» ahora. ¡Ah, es que no sentís el ansia!

* * *

Viernes, 19 de Julio:

En mis charlas anteriores, dividí el «yo» en eterno y progresivo, pero no lo hice con objeto de introducir una nueva teoría o filosofía, sino puramente por conveniencia, para que lo vierais con toda claridad, como yo lo veo. Os ruego, por lo tanto, no hagáis de ello un sistema. Os ruego que no saquéis de ello una filosofía. Cada cual debe verlo claramente, por sí mismo, no en compañía de los demás, no colectivamente. La liberación es un logro individual, es cuestión individual. Si tratáis de hacer de ella una filosofía, un sistema o un dogma, la haréis aplicable al conjunto, cosa que no es así; es una percepción individual, una lucha y un esfuerzo individual para comprender con lucidez.

La liberación es la meta de toda la humanidad, y, en consecuencia, de cada individuo separadamente. Tenéis que salir de vuestras jaulas. Tenéis que salir hasta de la jaula que sin duda haréis de lo que estoy diciendo. Haréis de ello una muleta o una jaula que os sirva para eludir ciertas cosas que os hacen sufrir. Mas, si hacéis de lo que yo digo una muleta o una jaula, seréis tan esclavos, estaréis tan lejos de la liberación, como antes. Tratad de verlo por vosotros mismos, y, por medio de vuestra percepción interna, animaros a hacer el esfuerzo que hará clara vuestra visión y os dará verdadera comprensión.

Ya he dicho que la vida, que lo es todo, que es libre e incondicionada, en la cual se halla la raíz de todas las cosas, es el «yo» universal, eterno. Estoy tratando de expresar con palabras lo que jamás puede expresarse así, pero no hagáis de ello un dogma.

Para alcanzar la vida, que es libre e incondicionada, que todo lo conserva y sin embargo no admite en sí misma nada que sea impuro, corruptible, imperfecto, debéis, individualmente, como un «yo» separado de esa vida, crear armonía dentro de vosotros, uniéndoos así a la vida que es libre. En otras palabras: vosotros, individualmente—no nos interesa por el momento si como «yo» progresivo o

como «yo» universal—tenéis que ser incorruptibles; vosotros, individualmente, debéis ser libres, pues debe estar concentrada en vosotros esa vida universal. Como la verdad no puede rebajarse, como la vida no puede estar limitada por la moralidad, por el culto, por los dioses, por los santuarios, debéis, como «yoes» individuales, abandonar esas limitaciones del temor, del bienestar, y, eliminándolas, establecer la armonía dentro de vosotros.

Tenéis que convertiros en vuestro propio legislador, y permanecer enteramente libres de toda autoridad externa, de todo temor. Como nadie más que vosotros es responsable de vuestros actos, debéis primero percibir esa visión, esa culminación de toda vida, y, como consecuencia de esto, que yo llamo libertad, establecer vuestra ley, de acuerdo con vosotros mismos, y no de acuerdo con otros. Porque vosotros no podéis decirme lo que he de hacer y lo que no; ni yo voy a deciros lo que habéis de hacer y lo que no. Pero todos sabéis, si es que habéis sufrido, si es que habéis observado, si es que estáis doloridos, en gran aislamiento y soledad lo mismo que rodeados de muchas personas, que toda vida - tanto la individual como la que os rodea—debe culminar finalmente en esa vida que *es*, que no tiene principio ni tiene fin. Teniendo eso como meta final—si es posible emplear esta palabra sin limitarla—podréis entonces desarrollar una cualidad interna de verdadera y apropiada percepción, que actuará como si fuera vuestro propio dictador.

Sólo de esta manera podéis ser libres, y no temer ya a las circunstancias, a los convencionalismos, a lo que los demás digan y piensen. Si estáis seguros por vosotros mismos, con una seguridad nacida de la verdadera comprensión cuya raíz toca la inmortalidad, de la libertad a que debe llegar toda vida, seréis capaces de caminar derechamente. Nada tendréis que temer, nada tendréis que ver con dogmas ni filosofías.

Para llegar a esa percepción de la libertad, tenéis que seguir un proceso de eliminación. Cuando digo «tenéis que seguir», no quiero decir que lo hagáis porque yo os lo exijo. Si estáis aquí es porque deseáis comprender, porque creéis que yo he llegado y que puedo ayudaros. En realidad, no os puedo ayudar, pero puedo hacer que esa percepción sea clara para vosotros, de tal manera que, con vuestras propias fuerzas, lucheis en ese sentido y os hagáis hombres libres e incondicionados. Con vuestras trabas no podéis percibir esa visión de la vida, y sin esa percepción no podéis hacer nada. Yo no sé qué os impide eliminar las cosas inútiles y

no esenciales. Tenéis que resolver individualmente, por vosotros mismos, de qué modo vais a hacerlo; de lo contrario, será completamente inútil cuanto yo diga; no hará más que crear otra muleta. Dejaréis la de antes para coger una nueva.

Después de todo, esto requiere una determinación. Cuando queréis obtener dinero, amor o distracción, pensáis en ello constantemente, estáis preocupados e ideáis cuantos medios de conseguirlo se os ocurren. Pero, seguramente, esto de que hablo es más grande que cualquier diversión, más grande que cualquier amor, más grande que la mayor riqueza. Y, si merece la pena de conseguirse, debéis igualmente idear medios conducentes a ello, debéis vigilar constantemente, atentos a todo lo que hacéis.

PREGUNTA: Ante vuestras enseñanzas sobre la vida han objetado algunos que la vida se expresa siempre por medio de formas y que no pueden concebir que exista una vida pura. Ahora bien: yo creo que la vida y la forma no son incompatibles, pues la vida para mí ni es forma ni deja de serlo; todo son formas que siguen un proceso de cambio continuo, de transformación constante, mientras que la forma en sí la produce la ilusión de la inactividad. ¿Está esto de acuerdo con vuestro punto de vista?

KRISHNAMURTI: En parte. Para mí no hay separación de forma y vida, de espíritu y materia; son todo una sola cosa. La forma es la expresión de la vida; si la vida no es potente, vital, dúctil, dinámica, completa y totalmente libre, las formas son limitaciones. Tenéis, pues, que ocuparos de la vida, y las formas se cuidarán entonces de sí mismas.

PREGUNTA: Decís que vuestro camino es el más corto, el más fácil. ¿Por qué entonces son tan pocos, al parecer, en la historia los que han encontrado este camino?

KRISHNAMUTI: ¿Cuántos de vosotros deseáis probar lo que yo digo experimentándolo? Poquísimos. He ahí por qué la historia registra tan escaso número. Después de todo, el hombre que llega encuentra su meta siguiendo el proceso que le marcan las cosas corrientes, no esenciales, cotidianas, lo mismo que otro cualquiera. Pero, una vez que ha llegado, ve que son innecesarias todas esas cosas pequeñas, no esenciales. Y dice a los demás: «No hagáis eso». Pero muy pocos le hacen caso. Muy pocos rivalizarán con él en las cosas esenciales.

PREGUNTA: Al niño hay que educarle desde el exterior hasta cierta edad. ¿Hasta qué etapas de evolución humana habría que emplear este método?

KRISHNAMURTI: No podéis aplicar eso al género humano. Nada

tenemos que ver con el género humano. Por favor, no lo interpretéis mal. Tenemos que ver con el individuo, porque el individuo *es* el género humano. Si el individuo necesita que le enseñen desde fuera, él es quien debe resolver hasta qué etapa le han de enseñar y en qué etapa no le han de enseñar ya. No podéis establecer una ley. Ello depende del individuo.

PREGUNTA: Decís que enseñáis la verdad absoluta. ¿Está limitada necesariamente de algún modo vuestra expresión de esta verdad absoluta por la palabra?

KRISHNAMURTI: ¡Qué duda cabe! Si yo dispusiera de un vocabulario nuevo, sería ideal, pero ello implicaría el aprenderme ese vocabulario y el aprendéroslo vosotros. Hay, naturalmente, una limitación en el empleo de palabras corrientes—no palabras filosóficas ni técnicas—y en el esfuerzo para explicar cosas que son inexplicables con esas palabras. Pero, seguramente, la limitación de las palabras no va a ser una limitación de la verdad. Para mí no, al menos. Para mí, la verdad es una experiencia vasta, inmensa, por la que todo ser humano tiene que pasar, en la que debe vivir y tener concentrado todo su ser. Ella es el firmamento infinito, y las palabras son ventanas. No se puede reducir a palabras el firmamento infinito. Pero, si vais más allá de las palabras—intelectualmente, no místicamente ni envueltos en el ensueño—la ilusión de esas palabras desaparece.

PREGUNTA: Todas las cosas, todo ser que tiene existencia real en la naturaleza, debe ocupar su lugar propio; es decir, el lugar que exigen su propia naturaleza y su valor intrínseco; y tiene que haber, por lo tanto, relaciones naturales entre todos ellos; es decir, relaciones exigidas por esos valores intrínsecos y que los representan en su justa proporción, como, por ejemplo, existe una relación natural entre el hombre y los animales. ¿Cuál es, entonces, en nuestra actual etapa evolutiva, nuestra relación natural con los seres superiores, sobrehumanos, como los Maestros y los ángeles? (No hablo de rezarles, de apoyarnos en ellos).

KRISHNAMURTI: Deseáis saber cuál es la relación natural entre los seres superiores, sobrehumanos, como los Maestros y los ángeles, y el hombre. ¿Cuál es la relación natural entre un salvaje y un hombre que se llama civilizado? La evolución, la distancia; he ahí la relación natural. Deseáis saber cuál es la relación natural entre la humanidad y los Maestros y ángeles. La misma relación natural que hay entre un salvaje y un ser civilizado. Pero esto importa muy poco a uno y a otro, porque tanto el hombre vulgar como el Maestro tienen que llegar a la plenitud de la vida—de esto hablo, no de las etapas naturales. Es inútil, pues, preguntar quién va delante de vosotros y quién va detrás. Desde mi punto de vista, esto

es tomar otra vez lo no esencial por lo esencial. Todos os interesáis inmensamente por los Maestros, existan o no, y por mi criterio respecto a ellos. Os daré este criterio. Para mí poco importa si existen o no existen, porque el hombre tiene que llegar a esa liberación a que también tienen que llegar los Maestros. Ocupaos, pues, de esto, y no de quién va delante de vosotros. Cuando tenéis que dirigiros desde aquí al Campamento o a la estación, os encontraréis con que hay gente que os ha tomado la delantera, que está más cerca del Campamento, más cerca de la estación; gente que partió antes. ¿Qué es más importante: llegar a la estación o sentarse a adorar a los que van delante? Tanto vosotros como los que van delante de vosotros estáis aún muy lejos de la meta; todos tenéis que llegar allí, pues toda vida conduce a eso.

PREGUNTA: ¿Cuál es la diferencia, desde vuestro punto de vista, entre la vida y la concepción teosófica del plan divino? ¿Queréis dar a entender que no existe ese plan, o más bien, como yo me atrevo a interpretaros, que en ese concepto del plan se peca de considerar el perpetuo e ininterrumpido fluir de la vida divina como algo estático, dividido en departamentos, al modo antropomórfico?

KRISHNAMURTI: No sé cuál es el plan divino teosófico; voy a suponer, como el que me hace la pregunta, que todo se halla establecido, estático. No haré más que seguirle. Otro teósofo quizás diga: No, no es así.

Para mí, la vida no puede tener un plan. La vida, que es incondicionada, libre, íntegra, está completamente fuera de todo plan. En el momento que tenéis un plan, limitáis esa vida. Y, como no podéis rebajar lo que es incondicionado y lo que jamás puede inspeccionarse, vuestro plan no puede así corresponder a la vida que es libre.

PREGUNTA: Con respecto a la reconciliación de lo viejo y lo nuevo, ¿no existen dos clases distintas de reconciliación? La una procura huir de una decisión, huir de una conclusión verdadera, y se esfuerza en practicar lo viejo y lo nuevo, parcialmente. Pero la otra clase de reconciliación desea una decisión, aunque quiere comprender la relación que hay entre lo viejo y lo nuevo. Lo que nos han dicho antes es, o al menos parece serlo, consistente en sí. Lo que vos decís y lo que vos sois, no sólo es consistente por sí mismo, sino que es para mí la más elevada forma de verdad viviente que conozco. Pero en algunos puntos no comprendo del todo el exacto significado de vuestras palabras ni lo qne ellas implican prácticamente. Puedo decir modestamente que, en estas semanas, procuro comprenderos con todo empeño. En mi fuero interno, sé que he optado ya por el camino directo. Desde que os he escuchado durante estos diez días, sé que ya no cabe elección ninguna, y que no puedo volver a lo pasado. Y, sin embargo, hay todavía incertidumbre en mi conciencia. ¿Os comprendo bien si digo que hay una verdad relativa en lo antiguo (etapas del sendero del

discipulado, gobierno interno del mundo, etc.), pero que un mismo hombre no puede hollar los dos caminos, que el antiguo camino no es falso pero que el individuo debe decidir cuál de los dos seguir?

KRISHNAMURTI: Perfectamente. Vosotros tenéis que decidir. Pero esto no es, un ultimatum. Cada individuo está en libertad de escoger, porque después de todo, yo no puedo obligar a nadie ni nadie puede obligarme a mí.

Yo he recorrido todos esos antiguos senderos de discipulado, de culto, y he visto que son demasiado largos, muy complicados, innecesarios—porque, cualquiera que sea el sendero que sigáis, cualquiera que sea el dios que adoréis, cualquiera que sea el santuario que construyáis, os veréis al fin obligados a volver a vosotros mismos y resolver la incógnita de vuestro «yo». En cualquier sendero que me hallase, sentí siempre la lucha interior, el descontento, la infelicidad, la soledad, el temor, el deseo de estímulo ajeno—me acompañaba siempre algo que semejaba un volcán hirviente. Y así, digo que nada importa lo que creáis, lo que adoréis, pues os veréis en la necesidad de volver sobre vosotros mismos. ¿Por qué habéis de creer, por qué habéis de adorar, por qué habéis de tener dioses, teorías, filosofías, dogmas, temores? Todos son inútiles mientras el «yo» no esté contento, no tenga comprensión, no esté tranquilo, no esté libre de corruptibilidad. Como dice el que interroga, el camino que sigáis es cuestión de opción individual. Quizá prefiráis la comodidad, el discipulado—yo llamo a esto comodidad—pero, tarde o temprano, tendréis que encararos con vosotros mismos, no podréis evitarlo. Debéis tener armonía dentro de vosotros, debéis estar libres de todos los dioses, Maestros, discipulados, temores, tradiciones, nacimientos y muertes, existencias—de todo. Os digo que es mejor establecer armonía dentro de vosotros que buscar ayuda en lo externo, porque yo he pasado por todo eso, y de nada me ha servido. La elección es cosa vuestra, pues nadie os exige que optéis por lo uno o por lo otro—yo no, ciertamente. Vosotros tenéis que decidir. Ninguna Sociedad va a obligaros a decidiros. Por eso no podéis hacer de esto un dogma ni una filosofía. Es opción individual. Y, como sois libres, habéis de elegir la limitación o la libertad, la comodidad o esa impavidez que proporciona verdadera comprensión.

* * *

Sábado, 20 de Julio:

PREGUNTA: ¿Empieza el verdadero progreso únicamente cuando se ha roto por completo con todo lo no esencial?

KRISHNAMURTI: El progreso existe en todo momento. Está presente de un modo continuo. Progresáis de día en día, cambiáis poco a poco, y con esto hay un cierto progreso—lento, tedioso, pesado—que se produce de todos modos, hagáis o no esfuerzos, rompáis o no con las cosas. Pero hay otra clase de progreso, y de éste hablo; un progreso que da saltos, por decirlo así—si os place llamarlo de este modo—, que se produce cuando uno se desembaraza de todo lo no esencial. Como dije el otro día, debéis ser calientes o fríos, es decir, una cosa u otra. Si decís: «Voy a tomar la vida como un juego, como una cosa agradable», debéis entonces ir contra las cosas reales de la vida. Pero si decís: «Voy a tomar la vida con seriedad inquebrantable, que producirá en mí la flor de la vida», debéis entonces ir contra todo lo que no es esencial. Debéis entregaros por entero a una cosa o a la otra. No podéis transigir. En el momento que transijáis, aunque en esa transigencia haya progreso, os quedaréis sin el progreso que habéis venido a buscar aquí. La mayoría de vosotros os halláis aquí en busca de la libertad que es la verdad, que es la vida, que es la consecuencia de toda vida, que es la consumación de toda vida, la flor de toda vida. Si buscáis eso con verdadera ansia, debéis buscarlo sin términos medios. Entonces será más rápido vuestro progreso, aunque sea más drástico el método para conseguirlo. Si os desembarazáis de todas vuestras antiguas ideas de salvación, obtendréis ese progreso que es cual la flor que ha esperado todo el invierno para abrirse en un bello día de primavera, debido a que no andaréis con componendas, porque estáis seguros de lo que buscáis. Para lograr lo que queréis, es preciso que estéis absolutamente seguros de lo que hacéis. Debéis estar atentos, vigilantes todo el día, para que de ningún modo os apartéis de vuestro propósito. ¿Qué os sucede actualmente? Estáis inseguros—pero confío en que estaréis seguros, ya sea por mi mediación o por vosotros mismos. ¿Cómo vais a estar seguros? No por ser acomodaticios bien para una parte o para la otra. No podéis decir: «Voy a buscar esto, voy a jugar con eso un rato y otro poco con esto». Todos habéis hecho eso. Ahora tenéis que decidiros por uno u otro camino, si queréis estar seguros. Y para estar seguros debéis desembarazaros de todas las condiciones externas de limitación, de temor. Ya sé que creerá la gente que esta actitud es negativa, que es muy fácil

renunciar sin respetar cosa alguna. Por el contrario, cuando renunciáis a todo y os encontráis a vosotros mismos, estaréis seguros de todo. Para establecer la certeza, tenéis que libraros de la incertidumbre.

Después de todo, ¿qué queréis todos en la vida? Si es dinero, popularidad, fama, bienestar—física, mental y emocionalmente—difícilmente os interesará lo que yo diga. Pero si, por el contrario, queréis la verdad, os veréis cada vez más solos, en el sentido más ideal, más fuertes, tranquilos, adaptables, os sentiréis más cada vez vuestro propio maestro, os acercaréis más y más a esa vida que es libre, eterna, incondicionada. Si queréis bienestar, dinero, popularidad, id tras ellos, trabajad por ellos, esforzaos por ellos, sed los individuos más formidables del reino de lo transitorio. Si no queréis eso, sed entonces los individuos más grandes del reino de lo eterno. Tenéis que ir a un rompimiento, tenéis que determinaros a ser calientes o fríos. Si sois calientes para esto de que hablo, ni un sólo instante habéis de guardar simpatía para las cosas no esenciales. La verdad es un peligro para todas las organizaciones, porque la verdad no puede someterse a ninguna falsificación de ideas, a ninguna perversión de sentimientos. Es un elemento constante de agitación dondequiera que existe lo no esencial, lo irreal. Así, pues, vosotros, que buscáis la verdad, debéis ser un peligro para todo lo fútil, pueril, pasajero e irreal. Esto es lo que quería decir el otro día al manifestar que la mayoría de las personas no sienten esa ansia. Apoyan todavía lo no esencial, consciente o inconscientemente.

PREGUNTA: Decís: «Yo hablo desde el punto de vista de lo eterno». ¿Cómo es posible entonces que nosotros, que no vivimos en lo eterno, sepamos el significado real de todo lo que nos exponéis?

KRISHNAMURTI: Para percibir lo eterno, debéis estar rodeados de lo transitorio, y comparar así, juzgar y pesar ambos, pues lo eterno sólo a través de lo transitorio es posible. Esto no es decir nada secreto. Si queréis encontrar el amor incorruptible—el amor que no varía, que es constante, que es impersonal, que es para todos—debéis pasar por el amor transitorio. No podéis alcanzar lo eterno de repente. Pero tampoco quedar presos en lo transitorio. Hablo de eso que es resultado de poner a un lado todo lo transitorio, por el sufrimiento y otros medios, y conquistar esa eternidad que todo el mundo busca en la vida. Si no podéis ver a través de lo transitorio, es que no habéis despertado aún a lo transitorio siquiera. No sabéis distinguir entre lo que es transitorio y lo que es eterno.

PREGUNTA: Nosotros estamos enamorados. Pero no nos sujetaremos al matrimonio. No podemos engendrar hijos. Pero queremos la plena experiencia del amor, de abajo arriba. ¿Debemos obrar o no?

KRISHNAMURTI: ¿Queréis que yo decida esto? ¿Y cómo? ¿Qué es lo que queréis hacer en la vida? ¿Ser prisioneros del amor corruptible o estar libres del amor corruptible? Yo no puedo resolver esto. No puedo resolver si debéis tener hijos o no. El deseo reclama experiencia; así, tenéis que considerar el deseo, no la experiencia. Como no podéis matar el deseo, como no podéis anularlo con el éxtasis, tenéis que trasmutarlo. Averiguad si vuestro deseo os conducirá a lo que queréis, a la liberación.

PREGUNTA: Cuando nos instáis a rebelarnos contra el mundo, ¿queréis decir que hemos de destruir, y hacer que otros destruyan, las instituciones externas existentes, convenciones, leyes; o queréis decir que cada cual debe romper su propia confianza en esas limitaciones externas o su temor a ellas?. En otras palabras: ¿Es la anarquía para todo el mundo lo que defendéis, o es el dominio de sí mismo de unos cuantos que se hagan lo bastante fuertes y puros para acometerlo?

KRISHNAMURTI: Si queréis quebrantar las leyes externas, me temo que éstas os quebrantarán a vosotros. Los Gobiernos no lo consentirían. Lo importante es romper con el temor, con la confianza en las cosas externas. En otras palabras, ésta es una cuestión individual. Si sentís temor, estáis apoyándoos en lo externo para enderezar vuestra conducta. Debéis romper con todas esas cosas que os sostienen en la rectitud, porque depender de ellas entraña debilidad de carácter. No se trata de quebrantar leyes externas sino de quebrantar por vosotros mismos todas esas cosas que tienden a producir una fuerza artificial que procede de lo externo. Es decir, debéis revolucionaros inteligentemente dentro de vosotros contra todas esas cosas que no son esenciales, y convertiros así en una dinamo o en una fuerza que, por su propia potencia inherente, destruya todo lo superficial, falso, no esencial, que tenga contacto con vosotros. Al fin y al cabo, las leyes y las instituciones son todas creación nuestra. El individuo crea y, por lo tanto, el individuo puede cambiar; quizá le lleve tiempo, pero, a la postre, el individuo solamente es responsable de todas las leyes, de todas las instituciones. Si el individuo es débil, no lo bastante fuerte para confiar en su propia autoridad, podrá echar abajo las instituciones pero creará otras nuevas. Se trata, pues, de hacer al individuo fuerte, vital, enérgico, sereno e imperturbable, y para eso el individuo debe rebelarse contra todo lo irreal.

«En otras palabras: ¿Es la anarquía para todo el mundo lo que de-

fendéis, o es el dominio de sí mismo de unos cuantos que se hagan lo bastante fuertes y puros para acometerlo?»

Es el dominio de sí mismo de todos, no de unos cuantos. Porque los menos despertarán en otros el deseo de gobernarse a sí propios.

PREGUNTA: Muchas veces, mientras nos habláis, os interrumpís de pronto, como si no quisierais herirnos u ofendernos. ¿Es que comprendéis en realidad que, aunque venimos aquí con un propósito formal, no estamos en condiciones de hacer frente a lo que sea preciso, por doloroso que resulte?

KRISHNAMURTI: A veces vacilo, porque personalmente he roto con los compromisos y, llevado de mi afán, quiero que otros hagan lo mismo. Pero no puedo obligarles a ello.

PREGUNTA: ¿Qué entendéis por liberación?

KRISHNAMURTI: ¡Volveremos a empezar! La liberación no es negativa. La liberación, desde mi punto de vista, es el resultado de la vida en plena madurez. La liberación es la consumación de la vida altamente desarrollada, altamente cultivada, altamente evolucionada. La liberación es la consecuencia de la cesación de todo deseo. Esta libertad es el resultado natural que el deseo busca constantemente, la destrucción de las barreras que el «yo» se ha creado a sí mismo por medio de la experiencia. Me preguntáis qué es la liberación. Sólo puedo deciros que es la vida, que es muchas cosas, que aparece una vez que habéis terminado el proceso de total eliminación y os halláis enteramente libres de la ilusión.

PREGUNTA: Si la alcanzase ahora cualquiera de nosotros, ¿cómo cambiaría para nosotros el mundo externo?

KRISHNAMURTI: Alcanzadla, y después hablaremos. Me pedís que ponga una cosa infinita en otra que es finita, que la reduzca a palabras, preparada para una mente limitada. Si vosotros no habéis tenido la experiencia de una cosa, yo no puedo dárosla con palabras, por mucho que me esfuerce, por mucho que escriba, conferencie o hable. Una experiencia tal es el resultado de la evolución, del esfuerzo, del dolor y el placer. Es la consumación de la vida individual tanto como de la vida universal. Es imposible describir lo infinito y lo que no puede describirse a una persona cuya mente es finita. Pues, si se describiera, perdería su belleza. En cuanto lo describieséis, no sería ya lo que queréis describir.

PREGUNTA: Decís qne la vida es libre, pero, en general nosotros reconocemos que la naturaleza tiene ciertas leyes. Y la ciencia moderna dice que acaso las le-

yes del universo no son realmente las leyes de todo el cosmos. Acaso cambien las leyes de nuestro universo. Desearía, pues, saber si esa vida universal produce y experimenta al mismo tiempo las leyes de la naturaleza.

KRISHNAMURTI: Así es. Yo lo veo de esa manera. Existe la manifestación, y en esa manifestación tiene que haber una ley, pero no para lo que se manifiesta. La vida necesita una expresión, y en esa expresión tiene que haber una ley, pero para la vida que se expresa no puede haber ley. Sostengo que no puede haber una ley para eso que es la vida en libertad, que es la espiritualidad consumada, porque, si está bajo una ley, está limitada.

PREGUNTA: Vuestro punto de vista concuerda por completo con lo que dice la ciencia moderna. Las leyes que antes entendíamos como universales sólo son relativas; es un plan lleno de la vida libre.

KRISHNAMURTI: Exactamente. Por eso no podéis tener leyes que os conduzcan a la espiritualidad; ni un sistema, una meditación prescrita, que os conduzca a la libertad de la vida. No podéis ir con las manos atadas a lo que es libre. Y, como esa vida está dentro de vosotros—esa vasta inmensidad de vida está dentro de la vida que se halla limitada dentro de vosotros—, para llegar a ella tenéis que esforzaros en libertaros del yugo de todas las cosas. Si estableciéseis una ley, un dogma, reglas fijas de meditación, no llegaríais a esa libertad. No es que yo condene la meditación; yo no desperdiciaría un solo momento de contemplación. Por el contrario, debéis contemplar todo el día, meditar todo el día, no dedicar una hora a la meditación y olvidarlo después durante el resto del día. Contemplad durante todo el día. Pero no establezcáis una ley para la contemplación. No podéis hacer leyes para la espiritualidad. Se trata de una experiencia interna que no puede traducirse a una cosa finita, para una mente limitada. Es una experiencia tan vasta, una vida tan inmensa que, a menos que la experimentéis vosotros mismos, resultará un misterio, una cosa secreta, oculta, que no podéis discutir ni preguntar. A esto me refiero tan sólo. No se trata de que investiguéis lo que yo siento, ni qué es la liberación, sino de que desarrolléis vuestra propia percepción, de que estéis perfectamente equilibrados interiormente, totalmente libres, desembarazados de la ilusión. Esto es lo que importa; no el efecto que produce en vuestra conciencia, ni lo que hagáis cuando hayáis llegado. Debéis ocuparos de cómo llegar, cómo ansiarlo, cómo buscarlo.

PREGUNTA: El individuo que ha alcanzado la liberación, la verdad, la vida, ha alcanzado la perfección espiritual. En el curso de vuestras charlas, dijisteis dos ve-

ces, refiriéndoos a la vida: «A eso tienen que llegar los Maestros y los hombres». Ahora bien, aparte el hecho de que conocemos algo de los Maestros por conducto de un sistema, que no es el camino directo, el más corto, y aparte también el hecho de si ellos emplearon ese camino más corto u otro, yo he creído siempre que, de todos modos, ellos habían alcanzado la liberación. ¿Debo entender ahora que no la han alcanzado, lo que implica que no han alcanzado la perfección espiritual a que vos habéis llegado?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué os preocupáis de los Maestros? Yo digo que los Maestros, los hombres, todos los seres, tienen que alcanzar la liberación. Importa muy poco si ellos la han alcanzado o no. Lo importante es: ¿la habéis alcanzado vosotros? Nada importa quién la ha alcanzado, ni si soy yo más grande que los Maestros. Yo, realmente, no me cuido de eso. ¿Qué sabéis vosotros de los Maestros, a no ser lo que os han dicho? No comparéis entonces. No digáis que soy más grande que otros, o menos, si carecéis del conocimiento que os capacita para hacer una comparación. Para mí tiene esto tan poca importancia que no quiero hablar de ello siquiera. Yo digo que los Maestros y los seres humanos tienen que llegar como yo he llegado. No digo que soy más grande ni menos grande, ni cosa parecida. Lo interesante es si los que me escuchan se ocupan de alcanzar eso por sí mismos, si están ansiosos, si son lo bastante fuertes, lo bastante libres para llegar. No es de importancia vital si existen o no los Maestros, ni si sois sus discípulos. ¿Quién se va a cuidar de si sois discípulos, iniciados o aún Maestros? Lo esencial es que seáis libres y fuertes, y nunca seréis libres ni fuertes si sóis discípulos de otro, si tenéis encima *gurús*, mediadores, Maestros. No seréis libres ni fuertes si hacéis de mí vuestro Maestro, vuestro *gurú*. No quiero eso. Lo que quiero es haceros fuertes y libres, equilibrados de veras internamente, seguros, no mediante el éxtasis, sino mediante el pensamiento y el sentimiento cuidadoso y deliberado, después de mucho buscar. Solamente esa certeza interna destruirá la perversidad de lo irreal.

CAMPAMENTO DE LA ESTRELLA EN OMMEN, 1929

CHARLAS DE KRISHNAMURTI

Estas charlas las dió Krishnamurti a las tres mil personas reunidas este año en el Campamento de Ommen durante la primera semana de Agosto. Se publican tal como se dieron, si bien no las ha revisado del todo el mismo Krishnamurti.

LOS EDITORES

CHARLAS ALREDEDOR DE LA HOGUERA DEL CAMPAMENTO

VIERNES, 2 DE AGOSTO

Esta hoguera y el canto que le acompaña corren peligro de convertirse en una superstición. En todas partes me han dicho que, al hablar por la tarde, debo disponer una hoguera y cantar ante ella forzosamente. ¡Preveo lo que va a pasar más adelante! Sin embargo, esta noche voy a cantar un verso sánscrito, por su tonada bonita y su bello significado, no porque produzca un efecto misterioso.

* * *

He dicho muchas veces que, para vivir verdaderamente, grandemente, debe uno comprender plenamente el objeto de la vida. Esa plena comprensión, de la cual solamente provienen las verdaderas ideas, conduce a una vida armoniosa, a la incorruptibilidad del pensamiento y al amor perfecto. Quiero establecer en cada cual el equilibrio, la armonía que es verdadera creación.

¿Qué es vuestra vida? Si la analizáis impersonalmente, si la examináis con cuidado, encontraréis que está limitada por mezquinas tiranías y una continua lucha, por inquietudes, depresiones, incertidumbres, vanas esperanzas de triunfo, por la petición y el plañido, por el descontento y la ambición estéril y por el placer que cuesta lágrimas. He ahí el estado interno del hombre, de todo ser humano: un continuo tropezar y luchar, un esfuerzo incesante. ¿Cuál es la causa de esto? Sostengo que vuestras ideas de la vida no corresponden a lo que es eterno. Voy a explicaros lo que quiero decir con esto. No uso términos vagos que llenen lo que no comprendéis.

Mantengo que, para vivir grandemente, con éxtasis de propósito, la raíz de vuestras ideas debe tocar lo eterno, lo perdurable.

Para vencer esa incertidumbre, esa vasta contienda, esa lucha caótica, vuestras ideas, vuestra vida, vuestra razón, vuestros pensamientos, vuestros afectos, deben radicar en lo perdurable.

Es en vuestra vida diaria donde debéis realizar esa eternidad. Es en vuestros actos todos, en vuestros pensamientos, en vuestros sentimientos, que debéis contemplar la eternidad. No podéis escaparos a otro mundo en busca de la felicidad. Es mientras vivís en este mundo cuando habéis de encontrar la verdad. Es en el proceso de vuestra existencia actual que tenéis que alcanzar la inmensidad de la vida. Son vuestros pensamientos diarios, vuestro amor, vuestros actos, los que crean el esfuerzo, la lucha, el placer, la soledad, la corruptibilidad de la vida. El hombre lucha con todo esto todo el tiempo, y, en la expresión de esa lucha, roba la luz a otro y produce el caos a su alrededor. Encontrando la verdad es únicamente como cambiaréis esa expresión.

Es, pues, necesario descubrir la verdad; debe establecerse en la conducta de vuestra vida, en vuestra manera de tratar a la gente, en la manera de juzgar a esa gente, en los actos originados por el pensamiento y el afecto. Sólo en ese proceso está la verdad. La verdad está en el proceso para establecer la incorruptibilidad en el logro de la perfección del pensamiento y del amor.

No debéis hacer de esto una religión, un dogma o una creencia, sino que, por medio de la conducta de vuestra vida, debéis demostrar que comprendéis, y que vuestro pensamiento, vuestro afecto, radica en lo eterno.

Lo eterno, sostengo, es liberación de toda corrupción, pues la corrupción es limitación. Buscad, por lo tanto, la incorruptibilidad del «yo», del «yo» que está dentro de cada cual, por el esfuerzo individual y no colectivo, pues solamente en esa incorruptibilidad del «yo» está la libertad. La libertad del «yo» es la verdad. El conocimiento del «yo» es la vida eterna; es liberación, el equilibrio o verdadera creación. El «yo» es lo eterno, no tiene principio ni fin, no muere ni nace: ES. El «yo» limitado, que está corrompido en cada cual, busca la manera de establecer esa incorruptibilidad que es la verdad. La liberación estriba en el proceso que hace a ese yo incorruptible. Debéis comprender esto y que vuestras ideas de la vida se deriven de esa comprensión. Entonces, lo que quiera que hagáis, vuestros pensamientos y sentimientos, llevarán el sello de la eternidad. Buscáis la justificación de vuestra conducta, deducís vuestras conclusiones, en las manifestaciones del «yo», en las expresiones, en las sombras. Esto

está mal, y da por resultado el caos a vuestro alrededor. Si queréis comprender la verdad y asentar vuestras ideas en esa verdad, tenéis que buscar ese «yo» y hacerlo incorruptible. Vuestras ideas han de provenir únicamente de esa verdad, y en esa verdad debéis vivir concentrados.

Vuestros actos, vuestros pensamientos, y vuestro amor deben nacer en esa fuente eterna que es la incorruptibilidad del «yo». Entonces seréis como la lluvia que cae sobre la tierra seca, que renueva y refresca todas las cosas, que proporciona deleite y arrobamiento, destruyendo las perversiones, las ilusiones, que los hombres toman por realidades.

SABADO, 3 DE AGOSTO

Voy a referiros un pequeño incidente que me ocurrió el año pasado estando en la India. Fuí a despedir a unos amigos a una estación de ferrocarril—no podéis imaginaros lo que parece una estación de la India: ruidosa, más bien sucia, más aún que lo son generalmente las estaciones. Ví que un hombre daba vueltas a mi alrededor como si quisiera hablarme. Era uno de los que tiran de los «rickshaws»—coche de dos ruedas y un asiento. Por fin se armó de valor y vino a hablarme. En un inglés pobre y deficiente me preguntó dónde vivía, qué hacía y si iba a despedir a mis hermanos. Yo le expliqué dónde residía, y, por último, me pidió acompañarme hasta el òtro extremo del andén. ¡El era tan tímido como yo! En seguida, sacó un cigarrillo del bolsillo y empezó a fumar. Al cabo de lanzar unas cuantas bocanadas de humo, me preguntó si yo fumaba; le dije que no. Entonces, miró un rato a su pitillo, y dijo: «Yo creo que no hace falta fumar», y repuse yo: «Probablemente». Este hombre, cuyo mayor placer seguramente era fumar, volvió a decir: «No vuelvo a fumar», y tiró su cigarrillo con tal energía que me sorprendió de verdad.

No os refiero esto para insinuaros que no fuméis—eso es ir más allá de la cuenta. Es para que veais cómo un acto de verdadera comprensión, hondamente sentido, coloca a un hombre en un pináculo de gran perspectiva, de gran deleite. Como he dicho ya, para descubrir esa eternidad que es el «yo» realizado, esa armonía entre la razón y el amor, es necesario, desde mi punto de vista, prescindir de todo lo no esencial, y debe haber una expresión física de esa renuncia. No creáis que, porque las cosas no son esenciales, debéis continuar transigiendo con ellas. Ya sé que diréis muchos, «como

esto no es esencial, seguiré haciéndolo». Esto quizá sea una manera conveniente de considerar la vida, pero debéis más bien, por un proceso eliminatorio, desprenderos de todas esas cosas no esenciales, porque son absolutamente pueriles, triviales y absurdas. Gracias a esa renuncia, descubriréis el «yo» verdadero y lo disciplinaréis. No es por medio de esas complicaciones, de esas cosas no esenciales, sino más bien por medio de su eliminación, poniéndolas a un lado, como encontraréis la verdad, el «yo» verdadero, que es como empieza el verdadero proceso de autodisciplina.

Por autodisciplina no doy a entender represión, sino más bien autodisciplina con comprensión, la cual os conducirá a la liberación, a ese equilibrio entre la razón y el amor. Si queréis encontrar la verdad, esa disciplina del «yo», que es el origen de la razón y el amor, tiene que actualizarse en todo momento, tiene que concentrarse intensamente en cada cosa que hacéis. La verdad está en el proceso, no en el logro. La encontraréis en la vida cotidiana, manifestándoos, trabajando. La verdad radica en la educación de ese yo—en nada más. Lo importante, pues, no es inventar un sinnúmero de teorías o filosofías, sino más bien descubrir el «yo» progresivo y hacerlo incorruptible. La verdad estriba en la preparación, en el cuidado, en el estímulo de ese «yo» hacia la libertad, hacia esa esfera donde no existe limitación del «yo». Si percibís esa liberación, mediante un proceso de autodisciplina, que os habréis impuesto vosotros mismos, no por una recompensa ni por temor a un castigo, habréis triunfado, habréis realizado, habréis hecho incorruptible el «yo». Toda manifestación — no hablo en sentido filosófico, hablo en lenguaje corriente—es creación del «yo», es la sombra del «yo». Si el «yo» es impuro, corruptible, toda manifestación de ese «yo» será impura y corruptible. Debéis, pues, buscar la perfección, la incorruptibilidad del «yo»; sólo ahí está la verdad. Tenéis que deshaceros de lo no esencial, porque es lo que limita al «yo». Debéis llegar descargados, libres, sin limitaciones; entonces descubriréis esa verdad, que no está lejos ni está cerca, y seréis un peligro para toda irrealidad, para todas las falsedades de la vida.

DOMINGO, 4 DE AGOSTO

Si os paráis a pensar, veréis que el grupo siempre es opuesto al individuo. Al decir «individuo» me refiero al hombre íntegro, completo en sí mismo, como cosa distinta del grupo, que dice existir para beneficio del individuo. En todo sector de pensamiento y emocional,

encontraréis que este grupo es contrario al individuo. Y, sin embargo, el grupo mismo es el individuo, porque el grupo está compuesto de individuos. Voy a tratar del individuo, porque el individuo es quien crea a su alrededor la confusión, la lucha. Dentro del individuo—es decir, dentro de cada una de las personas que pueblan el mundo entero, con raras excepciones—hay caos, lucha y perversión. Y, sin embargo, el grupo procura establecer orden, serenidad y rectitud. En el corazón del grupo, es decir, en el corazón de cada individuo que compone el grupo, hay confusión, lucha y esfuerzo; así, para establecer orden, serenidad y rectitud debemos considerar al individuo. El individuo es de la mayor importancia.

Cada uno de vosotros es el individuo; haciendo a ese individuo recto, sereno, creador, llegaréis a la verdadera autoexpresión. Debéis considerar el individuo a todas horas, sin que esto quiera decir que hayáis de hacerlo a expensas de los demás, porque sostengo que el individuo, desde el principio mismo de su desenvolvimiento, debe ser lámpara de sí mismo, para no hacer sombra a otros.

Nadie más que el propio individuo puede hacerse recto, sereno, creador. Por creación quiero decir verdadera autoexpresión, no simple creación de ornamentos, sillas, cuadros, etc.; a esto no lo considero verdadera creación. La verdadera creación, según mi manera de pensar, es la expresión de integridad, la fruición, la consumación del «yo». Y esto no es más que el resultado de la percepción individual. Ninguna organización, ninguna entidad religiosa, ninguna coacción externa, ninguna busca de ayuda externa, puede hacer al individuo recto, sereno y realmente creador, porque el individuo es absolutamente libre, es absolutamente responsable de sí mismo. Quisiera que os fijáseis bien en esta idea, porque, si no comprendéis esto, todo lo que yo diga producirá un efecto distinto, no se comprenderá bien, no será claro. Todo individuo, en todo el mundo, cualesquiera que sean sus circunstancias, es absoluta y enteramente responsable de sí mismo. Sólo en el «yo», pues, está la posibilidad, la facultad de libertarse por completo, plena, incondicionalmente, de las trabas, de la corrupción del amor imperfecto. El es quien puede vencer su propia debilidad, quien puede dominar sus propias pasiones, quien puede controlar sus propios deseos, quien es responsable por completo de su propia ambición. Es de suma importancia, si queréis establecer orden, serenidad, claridad mental y felicidad individual y colectiva, prestar atención al individuo desde el principio. Porque si el individuo es caótico en sí mismo, creará caos; si dentro de sí mismo lleva la perversión, todo a su alrededor

resultará pervertido; si dentro de sí mismo está perturbado, creará perturbación en lo que le rodea.

¿Qué es lo que el individuo desea constantemente? ¿Qué es lo que busca continuamente? ¿Tras de qué va en sus esfuerzos, en su corrupción, en su lucha, en su miseria, en sus lágrimas y en sus placeres? Busca la destrucción de las limitaciones que él mismo se puso, para alcanzar así esa liberación que es perfección, la incorruptibilidad del amor y el pensamiento que ha de establecer la perfecta armonía, que es felicidad. El deseo—que en todos está, que es vida en sí mismo—estimula a cada cual continuamente, le empuja, le espolea hacia adelante; el deseo está siempre buscando consumación en la experiencia, porque necesita una salida, necesita una expresión. La experiencia sin objeto es destructiva, así como la experiencia con un fin es realmente creativa. Por esto, debéis primero establecer en vosotros mismos el objeto de la vida, y entonces, una vez establecido para toda la eternidad, de un modo continuo sin variación de una a otra generación, ese objeto será vuestra meta, el objetivo al que conducirá todo deseo—que es la vida misma. Si ese objeto existe—y yo afirmo que sí, y que yo lo he alcanzado—, cada experiencia, que es la consumación del deseo, debe afirmar, libertar al individuo de ese mismo deseo. Es decir: una vez que pasáis por una experiencia, ésta debe ser suficiente para libertaros de esa particular clase de experiencia. Así es como derribaréis todas las limitaciones y llegaréis a esa liberación que es la plenitud de toda vida.

Sabiendo, pues, qué objeto tiene la vida, y que el individuo es entera y absolutamente responsable de sí mismo, venceréis el temor, de cualquier naturaleza que sea. El temor ahoga, sofoca a todo ser humano. Es el fantasma que le persigue como una sombra, porque no se da cuenta de que él es el único responsable de toda acción suya, y del resultado de esa acción, de todo deseo, y de la consumación de ese deseo. Comprendiendo eso, desaparece todo temor, porque el individuo es absolutamente dueño de sí mismo.

Cuando no teméis empezáis realmente a vivir. Vivís, no en el futuro ni en el pasado, ni esperando la salvación en el futuro ni volviendo la vista al pasado que murió para medir vuestra fuerza, sino en ese momento de la eternidad que es el AHORA, porque nada teméis.

El AHORA es lo que importa, no el futuro ni el pasado. Lo que tiene valor es lo que hacéis, lo que pensáis, cómo vivís y cómo obráis AHORA. La verdad no está en el futuro ni en el pasado. El hombre

que no es esclavo del temor vive enteramente responsable de sí mismo, concentrado en ese momento, en el AHORA, que es la eternidad.

Para ese hombre no existen el nacimiento ni la muerte. La mayoría de la gente teme la muerte porque teme la vida. Se preocupa más de la muerte que de la manera de vivir en el momento presente, que es la eternidad, que es el AHORA.

Sabiendo, pues, cual es el futuro de todo ser humano, de todo individuo, cómo llegará a la liberación, que es la incorruptibilidad del «yo», que es la armonía entre la razón y el amor—sabiendo eso, es de importancia vital, grande, que viváis en este momento la realización de esa grandeza y de esa belleza.

Cuando hay sufrimiento, cuando hay lágrimas, cuando hay temor en vuestro corazón, ¿de qué sirve saber que todo eso desaparecerá en el futuro? Necesitáis felicidad, necesitáis libertad, en el momento actual, no en un futuro distante. Nadie puede daros la felicidad, nadie puede libertaros, a no ser vosotros mismos. Por ningún sendero llegaréis, por ninguna religión ni secta. La liberación se halla dentro del individuo; está enteramente bajo su control, y solo a su llamada acude.

La liberación, esa felicidad invariable, serena, esa perfección, no está lejos ni está cerca, porque la perfección está donde está el individuo, está dentro de él mismo.

Para la consecución de esa armonía, que es la consumación de toda vida, que es la perfección del «yo», todo lo que el individuo es, todo lo que hace, lo que piensa, cómo se conduce y cómo ama, es de importancia. Ni en el futuro ni en el pasado debe empezar el logro de esa perfección, sino en el momento mismo que la mente se ilumina, en el momento mismo de la comprensión—en el AHORA.

MARTES, 6 DE AGOSTO

He dicho ya que, para alcanzar la esfera de la espiritualidad, la región de la verdad, la libertad, no existe ley alguna, y quiero explicar más esto. La inteligencia es la facultad de discernir lo esencial y lo no esencial. La inteligencia, desde mi punto de vista, es la esencia de toda experiencia. Por la práctica constante de este discernimiento, con la inteligencia constantemente despierta, esta culmina en la inspiración. La inspiración, pues, tiene sus raíces en lo eterno,

en lo perdurable, en la verdad. Para el hombre que ha desarrollado completamente esta inteligencia, que ha alcanzado el estado de liberación que yo llamo la armonía entre la razón y el amor, la inspiración no es intermitente sino continua. Esa inspiración continua es lo que busca todo el mundo. Esa felicidad continua es lo que persigue todo hombre. Busca establecer en sí mismo la felicidad invariable, constante, que mora siempre en esa armonía que es perfecto equilibrio.

Si ése es el estado de liberación, si ésa es la condición de la verdad, ¿quién va a ayudaros a lograr y mantener en vosotros mismos esa continuidad, sin una interrupción, sin intermitencias, esa vasta e indefinida plenitud de vida? Nadie puede ayudaros, porque no es una cosa a la que hay que llegar con ayuda de otro, o apoyandoos en otro. ¿Cómo, pues, ha de llegar el individuo? La vida debe perfeccionarse para alcanzar liberación, que es la plenitud de toda vida individual. Con la inteligencia despierta siempre, aprendéis a distinguir entre lo pasajero y lo durable, distinguiréis lo falso en la falsedad, la verdad en lo verdadero. Pero esa inteligencia altamente despierta no puede ser otra cosa que el resultado de la vigilancia constante, de la atención, de la autorecordación, de la autodisciplina que os habréis impuesto por la comprensión del objeto de la vida.

Actualmente, en todo el mundo, se desecha la autoridad, sobre todo la autoridad externa. La nueva generación, si observáis, se desembaraza de la autoridad impuesta por sus mayores, a quienes se atribuye más conocimiento. Esa autoridad se desmorona, pero queda todavía la autoridad que el hombre retiene en su corazón para su desarrollo espiritual, autoridad de la que debe desprenderse igualmente para poder desarrollar hasta el máximo su propia inteligencia. Tenéis que ser la autoridad de vosotros mismos, el arquitecto de vuestra propia inteligencia y, por ende, de vuestra propia vida, a la luz de lo que es eterno. La liberación es eso, la armonía entre la razón y el amor. Cuando lo habéis alcanzado desaparece todo temor derivado de la falta de comprensión. En consecuencia, estableciendo vuestra vida sobre la comprensión de su objeto, establecéis la felicidad permanente, echáis raíces en la región de lo eterno. Es cuestión de esfuerzo individual, de lucha individual, de atención constante, de constante autodisciplina. Para la conducta recta no puede haber ya autoridad externa—una autoridad en la cual vivir, en la cual apoyarse. Lo que construyáis a la luz de esa eternidad, permanecerá, porque estará bien establecido, dentro siempre de la liberación. Para el hombre que ha llegado, no hay cesación, ni intermitencia en eso que es eterno, que es libre.

En la India se considera de buen augurio, sobre todo después de una boda, cuando los convidados se despiden, que llueva, y, como vosotros os marcháis todos mañana, supongo que encontraréis también de buen augurio esta lluvia.

Supongo que esta semana ha sido rica en experiencias, que habrá cambiado totalmente vuestro punto de vista, que habrá abierto un nuevo panorama de ideas y de inmensa emoción, de tal suerte que echaréis nueva semilla en el mundo de la manifestación, semilla que crecerá y se multiplicará y cubrirá la tierra de ternura. Y ya no haréis sombra a otros, ni produciréis lágrimas, ni regocijo fugaz al corazón. Espero que todos los que habéis estado aquí esta semana y procurado comprender—y son muchos, estoy seguro—os sentiréis más firmes, más convencidos, más resueltos que cuando vinisteis. De aquí en adelante, no habrá más que una cosa importante para vosotros, y es: vigilar, cuidaros de ese «yo» del cual depende todo, del cual surgen todas las transformaciones. No interpretéis esto de un modo egoísta, pues, si sois capaces de hacer de la purificación y de la incorruptibilidad del «yo» la única cosa que importa, vuestros actos, vuestros pensamientos y vuestro afecto llevarán la señal de la incorruptibilidad.

Si vosotros, que os habéis reunido aquí toda esta semana, habéis establecido en vosotros por medio del análisis la certeza, la seguridad, la claridad mental, seréis tan fuertes que alimentaréis, sostendréis y levantaréis a los que sufren. Sólo así ayudaréis de verdad, proporcionaréis el alimento perdurable, el agua que apagará toda sed, el bálsamo que curará toda herida. Por haber estado aquí, porque habéis tratado de comprender, por esta comprensión, dondequiera que estéis se sentirán cambiados espontáneamente vuestros amigos, vuestros conocidos. No son las invenciones ni el disfrute de las filosofías y teorías lo que tiene valor, sino vuestra manera de vivir la vida, con esa comprensión, en el mundo que os rodea.

Debéis marchar de este Campamento como el águila que desciende al valle, con verdadera determinación, con entusiasmo, con embeleso, y cambiar, desarraigar las cosas no esenciales que cercan al hombre y le limitan y corrompen, creando así aflicción y miseria dondequiera que está. Debéis hacer esto por medio de una observación atenta, de un examen cuidadoso, del análisis, de la autodisciplina de ese «yo» en que descansan todas las cosas y del que parte toda transformación. Todo lo que podéis llevaros de este Campamento es

una mayor determinación, una mayor ansiedad, para descubrir los caminos, los secretos santuarios del pensamiento, y purificar así y hacer incorruptible ese «yo», y proporcionar gozo, felicidad y comprensión a otros.

Os deseo, pues, un feliz viaje, y espero que nos veremos de nuevo el año que viene, cada cual con mayor determinación, con mayor entusiasmo, pero con una sonrisa distinta y un continente distinto, con otra seguridad de su propia integridad y su propia fuerza.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

MIERCOLES, 7 DE AGOSTO

En Europa, así como en la India y en América, me han dicho muchos que lo que digo no es nuevo. Nada hay nuevo bajo la capa del cielo. Pero, para el hombre que descubre algo, que logra su propósito, *todo* es nuevo. Así, si vosotros no encontráis nada nuevo en lo que digo, no es culpa mía, es culpa (si hemos de considerarla como tal) de los que nada nuevo tienen dentro de sí. Vosotros debéis ser diferentes, como cada día es otro día e incógnito, como cada primavera es nueva, si queréis encontrar algo nuevo, original, saliente, distinto. Para descubrir algo nuevo debe albergarse en vuestro corazón el deseo de desembarazaros de lo viejo.

1. Se nos dice a todas horas que lo que decís sobre la inutilidad de las ceremonias, iglesias, (incluso la Católica Liberal) y religiones, no es para el momento actual sino para la sexta subraza. ¿Qué decís acerca de esto?

RESPUESTA: Cuando tenéis hambre, ¿retrasáis la hora de comer? Cuando os estáis ahogando, ¿escucháis al que en la orilla os dice: «Mañana te salvaré»? Cuando sufrís, ¿dejáis para más tarde el alivio de esa hora sofocante por medio del olvido? ¿Qué es lo que hacéis? Si tenéis hambre, buscáis alimento y lo coméis. Si os estáis ahogando, procuráis respirar. Si sufrís, queréis eliminar inmediatamente vuestro sufrimiento. Ayer expliqué lo que quiero decir por el momento eterno, y, desde mi punto de vista, ese momento eterno debe ser lo que interese a todo el mundo, y no a los menos. Esta realización no es para el futuro; debéis tenerla ahora. ¿Qué falta os hace en el futuro? ¿A quién va a beneficiar? Ni a vosotros ni a los demás.

¿No queréis todos ser libres AHORA? Libres de la aflicción, del constante roer de la miseria ¿Para qué mirar al futuro? Ahora

tenéis que resolver vuestros problemas, ahora tenéis que vivir, ahora tenéis que luchar, en vuestra vida diaria. Ahora tenéis que modificar las circunstancias que os rodean. Ahora tenéis que despejar el bosque y hacer un sendero, no en el futuro. Si no cambiáis ahora, el futuro existirá siempre. Si no conquistáis el presente, el futuro será siempre un misterio. Vuestra dificultad estriba en que no sabéis que estáis prisioneros. Cuando sufrís de verdad—no utilizáis ese sufrimiento para echar abajo las barreras que crean otros sufrimientos. Es el AHORA lo que importa: cómo vivís, cómo os conducís, cómo amáis, cómo pensáis. ¿Qué importa lo que seáis en el futuro? Si ahora no os desarrolláis lo más posible, gracias a vuestro esfuerzo sostenido, el futuro se os escapará siempre. Si ahora no llegáis a esa incorruptibilidad, levantaréis mayores barreras, mayores vallas, entre vosotros y vuestro logro, y, por ende, crearéis mayores limitaciones y más grande aflicción.

Vosotros creéis que sois débiles, que en vuestro interior no hay poder bastante para alcanzar vuestra integridad; imagináis que no podéis sosteneros por vosotros mismos. Yo os digo que podéis, si lo deseáis realmente, si tenéis el tremendo deseo de buscar la verdad, de descubrirla, de pensar y esforzaros por ella, y establecerla así dentro de vosotros—y esto tenéis que hacerlo AHORA, no en lo futuro. En el futuro os aguarda la oscuridad y el misterio de la muerte; por lo tanto, debéis interesaros por la vida mientras vivís, y alterar el curso de esa vida, destruyendo todas las barreras, limitaciones y trivialidades que existen entre vosotros y vuestra mayor comprensión. ¿Por qué esperáis el futuro, y para qué? ¿De qué modo os dará el futuro su plenitud, si no construís grande, vastamente, peligrosamente, en el momento actual? Por medio del presente destruís el futuro. Si no vivís en el momento presente, el futuro será siempre torvo, perverso. No puedo concebir que os sea tan difícil comprender lo que digo. ¿Qué hay en ello de complicado? Yo digo que nadie del exterior puede daros la incorruptibilidad de la mente y del corazón, que solo en esa incorruptibilidad se halla la perfección de la vida, la belleza, la ternura, de la cual todos formamos parte. Es tan sencillo, que queréis complicarlo con filosofías, sistemas, credos, religiones, iglesias y ritos. ¿Cómo váis a vivir grande, vasta, deliciosamente, bellamente, en el futuro, si no ponéis la base ahora, si no vivís en esa eternidad ahora, con toda vuestra capacidad, con todo vuestro entusiasmo y avidez?

Si tenéis hambre, os váis en busca de trabajo, para obtener el dinero con que adquirir alimento. No lo dejáis para luego, salís y lucháis

para satisfacer vuestras ansias. Existen todas esas complicaciones, porque no tenéis el verdadero anhelo ardiente de encontrar la verdad en seguida, AHORA. Poseer esa incorruptibilidad del «yo» en el momento presente, AHORA, es de la mayor importancia. Es AHORA tan sólo que podéis encontrarla, no en el futuro. Penetrad en los suburbios de Londres, o de cualquiera otra gran ciudad, y preguntad a aquella gente si desean alimento, comodidades, luz, en el futuro. Todos vosotros sentís bienestar en la mente, en el corazón, y físicamente. Estáis satisfechos y estancados y, no obstante, deseáis la verdad, que no se deriva de la satisfacción ni del estancamiento.

2. Ha circulado mucho en revistas teosóficas y de la Estrella el siguiente suceso: Un sacerdote se dirigió al Sr. Krishnamurti y le dijo que, después de la inspiración que había encontrado en el Campamento, se marchaba con la idea de entregarse más ardorosamente que nunca a la labor de la Iglesia, a lo que el Sr. Krishnamurti repuso: «Vd. por lo menos ha entendido mi enseñanza». Hubo también una señora que le preguntó si debía abandonar la comasonería. El señor Krishnamurti replicó: «¿Por qué? ¿Tiene Vd. miedo a la comasonería?» ¿Es esto cierto?

RESPUESTA: ¿Qué os parece? No os riáis, por favor, no os riáis, esto no es broma. No he refutado esas cosas porque son insensatas. No hacen más que poner al descubierto la aflicción que existe en los corazones, la pequeñez de la mente, la futilidad de los esfuerzos. No trato de deprimiros ni descorazonaros, pero, después de tres años que vengo hablando, ¿cómo podéis creer estas cosas?

Ninguna de ellas es cierta. Sostengo (¡cuántas veces he dicho esto ya!) que estas cosas son absoluta y enteramente innecesarias para hacer el «yo» incorruptible. Si es que no buscáis esa perfección del «yo», entonces esas cosas os hacen falta. Preferiría mucho más que no estuviéseis de acuerdo conmigo a que inventéis esta clase de noticias; quisiera mucho más que rechazáseis todo lo que digo que continuéis con las componendas. Porque, amigos míos, si en vuestra propia mente y en vuestro corazón hay incertidumbre, seréis infelices. Echad por un camino y dejad el otro. No juguéis con los dos. La verdad y la falsedad, lo esencial y lo no esencial, no pueden coexistir para una persona que busca la incorruptibilidad del «yo».

3. El temor a la muerte, no tanto con respecto a nosotros mismos como para los que amamos, es casi universal, aunque abunda más, quizá, en occidente que en oriente. Es un misterio oscuro, para el cual parece no haber escape, ni explicación. ¿Podéis decirnos, según vuestro punto de vista, cómo podemos libertarnos de este temor de la separación?

RESPUESTA: Viviendo en el presente. ¿Qué es la muerte? La muerte no es más que la oscuridad de esa vida que es continua. Es el

velo corrido que os separa de alguien. La separación causa soledad, y esta soledad causa aflicción. Tenéis, pues, que enfrentaros con la aflicción, con la soledad y la separación, no con la muerte. La muerte es inevitable, es cual la noche que sigue al día, mas, para prepararos para la noche debéis trabajar durante el día; así, no busquéis explicaciones a la muerte, haced más bien incorruptible el «yo», lo que equivale a que ya nada le separa de nada ni de nadie. El nacimiento, así como la muerte, cesarán entonces. La separación es la causa de la aflicción, la separación es la afirmación del yo en su ascensión hacia la cumbre de la montaña. Esta autoafirmación existirá y tiene que existir mientras el individuo sea todavía corruptible. Para el hombre incorruptible no hay nacimiento ni muerte, y, por lo tanto, no hay aflicción.

4. Si es «aquí» y «ahora» que alcanzamos la Liberación, ¿qué desenvolvimiento puede haber para nosotros después de la muerte?

RESPUESTA: Sería mejor preguntar, «¿qué desenvolvimiento puede haber mientras vivimos?» Os interesa mucho más la muerte que la vida. La liberación, la verdad de que hablo, no es una cosa externa, de fuera, sino que se halla en el proceso de su realización, no en su realización misma. La verdad está en el continuo esfuerzo, y en la renuncia y el logro que son el resultado de ese esfuerzo. La verdad está en el desarrollo del «yo» progresivo, no en su culminación final. Ese progreso del «yo» no está en el futuro, en un tiempo lejano; está donde vivís, donde lucháis, donde os regocijáis, donde sufrís, ahora. Sería, pues, mucho mejor que tratáseis de comprender y habéroslas con la vida ahora que investigar la vida después de la muerte. Lo mismo que, durante el día, os preparáis para la noche, de igual modo, para prepararos para la muerte, debéis vivir. Vivid ahora, que es lo único importante. Lo único importante es modificar el curso de vuestro pensamiento, cambiar vuestro corruptible amor ahora. Fijaos, os lo ruego: debéis luchar constantemente, continuamente, ahora, para crear esa incorruptibilidad en vuestras mentes y en vuestros corazones. Es una cosa muy difícil luchar continuamente; requiere gran fuerza, gran determinación. Como esto lo poseen muy pocos, por eso tenéis tantos senderos de segundo orden para que os sirvan de estímulo; sin embargo, aunque sigáis esos senderos secundarios, volveréis siempre a esta única cosa. Con esos medios ilusorios no podréis olvidar la aflicción, no podréis desechar la miseria, ni la soledad, ni el temor. Debéis ir a la raíz de toda aflicción y establecer allí la perfección, esa armonía entre la razón y el amor, y entonces perderán su valor esos senderos no esenciales.

5. Me inclino a creer que desechar el pasado y olvidarlo por completo no es exactamente lo mismo. ¿Queréis darnos vuestro punto de vista sobre la memoria? ¿Cuál es el *verdadero recuerdo,* y el *verdadero olvido?* ¿Cuál es la *verdadera gratitud?* ¿De qué modo se relaciona la memoria con el arte de discernir entre lo esencial y lo no esencial? Y, ¿debe educarse para que funcione propiamente?

RESPUESTA: He aquí una pregunta interesante. «Me inclino a creer que desechar el pasado y olvidarlo por completo no es exactamente lo mismo. ¿Queréis darnos vuestro punto de vista sobre la memoria?» Para mí, la memoria no debe ser la memoria de la experiencia misma, sino más bien la memoria de eso que es el resultado de la experiencia. Debéis olvidar la experiencia y recordar su lección. Esta sí es verdadera memoria. Es eterna, porque es lo único que vale de la experiencia. Esta verdadera memoria es la inteligencia. Como dije anoche, la inteligencia es la facultad para elegir, con discernimiento, con cultura, lo esencial de entre lo falso. Esta inteligencia se adquiere por medio de la experiencia, por medio de las lecciones que deja la experiencia. La más elevada forma de esa inteligencia es la intuición, porque es el residuo de todas las experiencias acumuladas. He ahí la verdadera función de la memoria.

«¿Cuál es el verdadero recuerdo y el verdadero olvido?» Desde mi punto de vista, el verdadero recuerdo es adherirse a ese residuo de toda experiencia, de suerte que no incurráis otra vez en la misma experiencia. Incurrir en experiencias ya pasadas crea Karma y obstáculos. Para el hombre sensato, una sola experiencia determinada es suficiente. Así, el verdadero recuerdo y el verdadero olvido consiste en aprender de las experiencias, y en desechar todas aquellas que carezcan ya de valor.

La otra pregunta dice: «¿Cuál es la verdadera gratitud?» Para mí, no cabe esto de la gratitud, porque, si amáis realmente a todo el mundo, de todos aprendéis por igual. No quedáis obligados a nadie. Si amáis a todo el mundo, ya sois agradecidos. Si sois observadores, aprenderéis de vuestros servidores, del trabajador, del que cava la tierra, de vuestro héroe preferido. Aprendéis de todos ellos en la medida que les améis de verdad, y para ninguno tendréis gratitud. De igual manera, sois fieles a todo el mundo, y no a una persona determinada. Si sois fieles para todos, lo seréis también para cualquiera—porque a todos amáis. Os aseguro que es mucho más admirable, mucho más apacible, sereno, amar a todos por igual; realmente, tener a todos en vuestro corazón, no ser indiferente para nadie, no albergar ese amor corruptible y voluble, es la mayor de

las bendiciones. Cuando poseéis ese amor, aprendéis, no de una cosa, de todo lo que se mueve y de lo que no se mueve, de lo transitorio lo mismo que de lo eterno. Si sólo amáis a una persona, dais principio a un culto, a una contemplación, os limitáis; no aprendéis de la vida, no os regocijáis con la vida, no estáis de ella enamorados. La gratitud no es otra cosa que amor; la persona que ama a uno y a otro no, sufrirá. Esto no es una tontería, es la realidad. El amor es, pues, como una flor que da su perfume a todo el que pasa, así sea de este color o de aquél, de este tipo o del otro. La flor da su perfume a todos, y, si sois sensatos, aspiraréis ese perfume, os regocijaréis con él. Del amor pequeño, entorpecedor, corruptible, llegáis al amor que no entorpece, que es incorruptible.

«¿De qué modo se relaciona la memoria con el arte de discernir entre lo esencial y lo no esencial?» «¿Debe educarse para que funcione propiamente?» Naturalmente. Eso es lo que he estado diciendo. La verdadera autodisciplina es la educación del «yo». «¿De qué modo se relaciona la memoria con el arte de discernir entre lo esencial y lo no esencial?» Dejaos de relaciones, todo es una sola cosa. Si no tenéis verdadera memoria, si estáis dudando siempre, si estáis inseguros, vuestro discernimiento no tiene valor; empero, si vuestra memoria es el residuo de toda experiencia, cuando os halléis frente a innumerables cosas no esenciales y una sola esencial, debéis ser capaces de optar por la esencial, porque vuestra memoria está preparada. Examinad cada experiencia que se os pone por delante, como el viento cuando pone inquietud en las aguas tranquilas; ved si esa experiencia es esencial. Si no lo es, no la hagáis caso, es que la habéis tenido ya. Un niño, si se ha quemado una vez las manos, no volverá a acercarse al fuego. Ha pasado por la experiencia, y quedó la lección. Así, si una vez habéis tenido cierta experiencia, debe proporcionaros el conjunto de todas sus consecuencias.

«¿Debe educarse para que funcione propiamente?» ¿No la estáis educando a cada momento cuando observáis con ansia, cuando os disciplináis constantemente a la luz de vuestra comprensión de lo eterno? No os hace falta pasar por ninguna preparación especial; la vida os preparará si sois perspicaces, observadores. El indolente es quien necesita ayuda, el perezoso, el que está cansado de examinar todo lo que se le presenta. La única manera de hacer al «yo» absolutamente puro e incorruptible, es por la autodisciplina que os habréis impuesto vosotros mismos, y no por la represión, sino por el amor a esa libertad que es la verdad.

6. ¿Qué diríais a un grupo de estudiantes de un colegio que dijesen que no tienen creencia, religión, credo, excepto en la ciencia materialista, y que no consideran necesario un ideal, con tal de ganarse la vida?

RESPUESTA: Les preguntaría si no sufren, si no están enamorados de algo, si no aman a alguien. Un estudiante de colegio, como todo el mundo, es presa de la aflicción, en sus varios aspectos—aunque tal vez no sea como la vuestra. El no se preocupa de qué es lo esencial, de cuál es la ceremonia idónea; se preocupa de sus propios sufrimientos, de los cuales quiere deshacerse. El ama a alguien, con las complicaciones de ese amor, y por eso sufre. Es sumamente fácil hablar a esos individuos, porque no tienen tantas ideas preconcebidas, prejuicios, convencimientos. Están deseosos de examinar, de criticar, lo que les presentáis.

7. ¿No creéis que es difícil para los muy jóvenes distinguir lo esencial y lo no esencial?

RESPUESTA: Que yo sepa, no son los jóvenes solamente los que tropiezan con esa dificultad. Ya os he explicado lo que es el discernimiento. Yo no puedo deciros qué es lo esencial y qué es lo falso, qué es lo permanente y cuál lo transitorio, por que, entonces, sería ofreceros una jaula. Tenéis que sufrir VOSOTROS, tenéis que luchar VOSOTROS, tenéis que ser capaces de distinguir ahora. Yo digo que las cosas esenciales son las que os pondrán en libertad, absoluta e incondicionada, las que os proporcionarán esa felicidad que no tiene variación. Todo lo demás no es esencial. Debéis examinar y descubrir por vosotros mismos lo que, a vuestro juicio, es esencial. De otro modo, si yo os dijese qué cosas son las no esenciales, ¿dónde estaría vuestro progreso, dónde vuestra propia peculiaridad de logro?

8. ¿Qué valor tiene la amistad humana para el que no siente la necesidad del afecto humano?

RESPUESTA: El que no siente, en verdad, esa necesidad, es que la siente por todo el mundo, porque ése es el resultado de todo afecto humano, que reemplaza a la amistad particular. Después de todo, el verdadero amor, que de tal modo es libre que a todo se consagra, es el resultado, es la consumación de todo humano afecto, es la plenitud de todo amor. Así, es absolutamente innecesaria la amistad humana para el hombre que ha llegado, porque esta amistad, en la mayoría de los casos, es el resultado de la soledad, de la aflicción, del anhelo de sociabilidad. No obstante, si os esforzáis todo el tiempo por establecer ese amor que es para todos, utilizaréis el afec-

to humano, todo afecto que conmueva vuestro corazón, para lograr ese perfecto amor.

9. Si he de ser franco conmigo mismo, debo decir que no tengo el deseo ardiente de alcanzar la liberación ni la verdad. Y, aunque lo tuviera, tampoco me creería con fuerza bastante ni perseverancia par lograrla. Sólo un firme deseo tengo: ser un servidor de los Maestros para auxilio de la humanidad. Así, yo creo que lo único que tengo que hacer es continuar mi labor de ayuda a los demás en los distintos aspectos...

RESPUESTA: Ese es el punto. Queréis ayudar a los demás. Muy bien; no hay más que una manera de hacerlo—ser tan fuertes vosotros mismos que no necesitéis ayuda, es decir, ser incorruptibles. De otra forma, no podéis ayudar verdadera, perpetuamente. No es que no hayáis de contribuir en el proceso del logro. ¡Cómo os gusta eludir las cosas!

CONTINUA... Por otra parte, comprendo que sois el que despierta a otros, y quizá con vuestra influencia despierte yo un día al ardiente deseo de alcanzar la verdad y la liberación...

RESPUESTA: Nunca despertaréis porque yo lo desee. Vosotros debéis desearlo, vosotros debéis anhelarlo, porque habéis sufrido. Yo no puedo despertar lo que en vosotros duerme. Debéis despertarlo vosotros mismos; entonces sentiréis más que nunca el gozo de vivir.

CONTINUA... En estas circunstancias, ¿puede uno seguir asistiendo a los Campamentos y reuniones, aunque yo no luche todavía por la liberación?

RESPUESTA: Naturalmente. Na dieva a impedíroslo, ni va a comprobar si buscáis realmente la liberación. ¿Cómo queréis que lo hagan? Venid a los Campamentos, si ése es vuestro deseo. Nosotros no vamos a inspeccionar quién lucha realmente por la liberación y quién no. ¿Quién puede decir esto? Seguramente no os lo dirá la Dirección del Campamento, ni yo tampoco. Sois vosotros quienes debéis cercioraros de ello por vosotros mismos. Mirad: Los problemas del mundo, todos, y la solución de esos problemas, sólo en vosotros están. Todos los problemas exteriores son resultado de la lucha individual. Los problemas de fuera son la expresión de la lucha individual y caótica, y no los resolveréis si dentro de vosotros hay todavía aflicción, sufrimiento, regocijo, placer, agobio. Así, si queréis realmente ayudar,—y todos decís que ayudáis—no hay más camino que la perfección del «yo»; la incorruptibilidad del «yo».

LA LIBERTAD DEL CAMINO

TRADUCCION de un artículo que apareció en uno de los más importantes diarios holandeses, el *Algemeen Handelsblad,* de Amsterdam, el domingo 1.° de Septiembre de 1929.

Hasta ahora hemos considerado a Krishnamurti como un fenómeno de nuestro tiempo, como uno de los muchos síntomas favorables que indican el fin del materialismo y el deseo de entrar en relación con algo más elevado. También es intenso el deseo en aquellos que no encuentran en las organizaciones existentes de las religiones reconocidas lo que buscan, y que se dan cuenta de que el conocimiento humano y la metafísica no podrán jamás de por sí infundir paz en el alma interior.

Respecto a Krishnamurti mismo, no mantenemos opinión precisa alguna; no somos de los que ven en él un Instructor del Mundo, un Buda, un Cristo venido para dar un nuevo mensaje al mundo entero; ni estamos con los que no ven en sus palabras más que simples palabras y le consideran sin personalidad, como un mero decidor. Un hombre sensible ha de mantener una semejante actitud imparcial ante la Teosofía, Antroposofía, Mazdeísmo, Ciencia Cristiana y otros credos que prevalecen, si no tiene contacto con ellos. No es la letra, sino el espíritu, lo que caracteriza la influencia que ejercen sobre el alma en busca de la verdad.

Pero ahora Krishnamurti ha realizado una proeza que, juzgada desde lejos, le eleva sobre un nivel más alto que el de un artista de la palabra; una proeza que, aunque no hace de él un Maestro Mundial, podría en verdad ser el acto de un Maestro del Mundo. Sus palabras no tienen todavía para nosotros significado alguno especial, pero este acto suyo lo coloca en un lugar aparte y solo. El que trate de enseñar al mundo previamente ha de permanecer solo.

En relación con la disolución de la Orden de la Estrella se le hicieron a Krishnamurti las preguntas siguientes:

PREGUNTA: ¿Por qué disolvió usted la Orden?

RESPUESTA: En mi opinión, no se puede uno aproximar a la Verdad por ningún sendero u organización prescritos. En cuanto empezamos a organizar la espiritualidad, ésta se cristaliza, y una vez impuesta sobre alguno como creencia, muere. Muchas gentes de las que entran a formar parte de alguna organización espiritual creen

que ya están «salvas», y que de esta manera pueden ser llevadas a la Verdad por medio de tal organización. Esto es un completo error. Esto debilita a las gentes y yo quiero caracteres fuertes, que por su propia fuerza interna vengan a la Verdad.

PREGUNTA: ¿No fundarán las gentes otras organizaciones?

RESPUESTA: Probablemente lo harán, pero esto es cosa que no me atañe. Yo tengo sólo una pretensión, que es la de libertar a los hombres de todo temor. No está en mi intención el formar o fomentar otra religión, otras sectas o teorías.

PREGUNTA: ¿Por qué entonces viaja usted alrededor del mundo difundiendo sus ideas por todas partes?

RESPUESTA: Porque quiero despertar en las gentes la comprensión de que ellas solas pueden lograr la libertad. Puesto que yo soy absolutamente libre y he alcanzado la Verdad incondicionada, deseo que las gentes participen también de esta dicha.

Nos preguntamos a nosotros mismos lo que haría el Cristo si apareciese en estos días sobre la tierra y cien clases de comunidades cristianas lo reclamasen como jefe y fundador de sus respectivas organizaciones. Ya nos representamos imaginariamente estas organizaciones luchando por ser las primeras en conseguirlo, utilizando toda fuerza política y aun económica del mundo para asegurárselo y perjudicar así a los demás.

La organización—división del trabajo entre personas y grupos de personas, de manera que cada uno haga lo mejor que pueda—es una hermosa cosa para conseguir un fin con la mínima resistencia y el efecto máximo. No podemos evitarlo en la tierra, pero ello pertenece a cosas terrenas y no ha de tener la presunción de dominar en los reinos del pensamiento y del sentimiento. Puede existir para mostrar en toda su plenitud las expresiones terrenas de la vida religiosa. Es necesario para la construcción de iglesias y la enseñanza de los jóvenes, para la beneficencia y para el cuidado del enfermo y del pobre. De esta forma, como organización, la iglesia merece todo reconocimiento. Pero ha de ayudar absteniéndose de desear el dominio del alma del hombre.

Pues, como Krishnamurti muy acertadamente hace notar: Si tratáis de organizar la vida espiritual, ésta muere—la fluyente y rutilante vida deviene en el curso del tiempo duro cristal, con forma definida, muerto—. Una iglesia que inexorablemente solicita de sus miembros

que todos igualmente mantengan la misma creencia respecto al pasado y al futuro y que impone igualmente sobre todos las mismas ideas definidas de cosas que están más allá del tiempo y del espacio, hace a las religiones y creencias aquello que no pueden resistir. La iglesia coloca algo entre Dios y el Hombre. El Hombre, en la confusión del tiempo presente, tiene ya dificultades innumerables para sentir el toque de la eternidad. La iglesia está destinada a ser un sitio donde él pueda ir a escuchar palabras que le eleven sacándolo de la tierra, desligándolo de tiempo y materia, y no un lugar donde el espíritu del hombre sea oprimido en una armadura de rígidos dogmas creados con las palabras e imágenes de los Instructores del mundo. Imágenes y palabras que por su efecto sobre el espíritu traen un sentimiento de fe, de esperanza y de amor; una creencia no en formas mundanas de cosas no mundanas, sino creencia en el indescriptible amor mismo que, sin que lo conozcamos, nos rodea; en el amor que permanecerá sin fin; en la paz que algún día llenará nuestro ser, pero que está más allá de toda comprensión. Sensaciones que automáticamente inducen al hombre también a amar y cuidar aquello que encuentra a su paso por su sendero.

El joven de Oriente ha comprendido esto al menos, y hay algún paralelismo entre su actuación y el consejo del Cristo: «Dios es Espíritu, y los que Lo adoran han de hacerlo en Espíritu y en Verdad».

ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA

F A B U L A

Había una vez—de esta manera comienzan todas las verdaderas historias—un mundo en el que todas las gentes estaban enfermas y tristes, no obstante lo cual todas ellas trataban de librarse de sus sufrimientos y de encontrar la dicha. En busca de esta felicidad, rogaban, veneraban, amaban y odiaban, casábanse y guerreaban. Engendraban hijos tan miserables como ellos; sin embargo, enseñaban a estos hijos que la felicidad era su derecho y su eventual meta.

Entonces surgió un día en medio de aquel mundo el rumor, que creció hasta convertirse en clamoreo, de que venía un Gran Instructor, el cual, por razón de su amor al mundo y por su sabiduría, traería, a los que sufrían, consuelo para su dolor y mostraría a todas las gentes del mundo de qué modo podrían hallar la felicidad duradera que todos buscaban.

Y para difundir ampliamente la grata noticia de la venida del maestro formáronse organizaciones y sociedades, y por todo el mundo fueron hombres y mujeres hablando del Instructor que vendría. Algunos le rezaron para que viniese más prontamente. Otros realizaron ceremonias, con el fin de preparar al mundo para recibirle. Algunos hicieron estudios profundos de tiempos olvidados, cuando otros grandes Instructores habían venido y enseñado, para poder, por su estudio, comprenderlo mejor. Algunos se proclamaron discípulos suyos de antemano, de modo que cuando viniese estuvieran por lo menos algunos a su alrededor y lo comprendieran.

Entonces, cierto día llegó él. Y dijo a las gentes del mundo que había venido a traerles la felicidad, a sanar su dolor y a mitigar sus pesares. Díjoles que él mismo, pasando a través de mucho sufrimiento y dolor, había encontrado su camino hacia una mansión de paz, hacia un Reino de Gozo eterno. Les decía que había venido para conducirlos y guiarlos a aquella mansión. Pero, dijo, que como el sendero que conducía a aquel Reino era escarpado y angosto sólo podían seguirle los que estuvieran dispuestos a dejar de lado todo lo que habían acumulado en el pasado. Les pidió que dejasen sus Dioses, sus religiones, sus ritos y ceremonias, sus libros y conocimiento, sus familias y amigos. Y si ellos lo querían, él les suministraría alimento para el viaje, él satisfaría su ardiente sed con el agua viva que poseía y los llevaría al Reino de Felicidad donde él mismo moraba eternamente.

Entonces aquellas gentes, que por tantos años había estado preparándose para el Instructor, empezaron a sentirse molestas y turbadas. Porque decían: «Esta no es la enseñanza que esperábamos y para la que nos hemos estado preparando. ¿Cómo podemos renunciar a todo este conocimiento que hemos adquirido con tanto trabajo? Sin él nunca comprendería el mundo al Instructor. ¿Cómo podemos renunciar a todos estos espléndidos ritos y ceremonias en la ejecución de los cuales hallamos tanta felicidad y poder? ¿Cómo hemos de renunciar a nuestras familias y amigos cuando tanto necesitamos de ellos? ¿Qué enseñanza es ésta?

Y empezaron a cuestionar entre ellos: «¿Será verdaderamente este el Instructor que hemos estado esperando? Nunca creimos que hablase de este modo y nos pidiese tales renunciaciones». Y especialmente aquellos que se habían proclamado discípulos suyos, por su más íntimo conocimiento de su voluntad, se sentían a disgusto y trastornados.

Entonces, después de mucho pensar y meditar, vino la luz a ellos y una solución a sus dificultades; y dijeron: «Es verdad que el Instructor viene a ayudar al mundo, pero nosotros conocemos el mundo mejor que él, de modo que serviremos de intérpretes suyos para el mundo».

Y así los que tenían conocimiento decían: «Su llamamiento a la renunciación no se aplica a nosotros, porque el mundo necesita nuestro conocimiento y nada puede hacer sin este, de manera que, en favor del mundo seguiremos buscando el conocimiento».

Y los que realizaban ritos y ceremonias decían: «Hemos renunciado desde luego a todos los ritos y ceremonias hechos en beneficio nuestro, hemos trascendido toda necesidad de ellos, pero por causa del mundo seguiremos realizándolos, pues si no el mundo padecería». De esta suerte continuaron construyendo iglesias y templos y realizando sus ritos, todo para auxiliar al mundo, y estaban demasiado ocupados para poder escuchar al Instructor.

Y las únicas personas que gustosamente renunciaron fueron las que abandonaron sus hogares y sus familias, porque querían libertarse del deber y de la obligación, y fueron al Instructor diciéndole: «Lo hemos dejado todo para seguiros. Ahora halladnos una tarea cómoda para que podamos trabajar por vos y al mismo tiempo ganarnos la vida».

Algunos hubo, unos cuantos, que pusieron a un lado todas las co-

sas y se sentaron a los pies del Instructor, tratando de aprender de él el modo de alimentar al hambriento y satisfacer al sediento. Creían estas personas que era probable que resultase más beneficiosa para el mundo la sabiduría de él que el conocimiento de ellos; que la sencillez de aquel sería más fácilmente comprendida que las complicaciones de ellos mismos; que el Maestro sabría más cuando decía que los ritos y ceremonias no eran necesarios para el hallazgo de la felicidad que él venía a dar; que podíamos renunciar a nuestra familia y amigos en nuestro corazón sin abandonarlos en la carne.

Pero los otros les reprochaban por su egoismo y pereza. Decían: «El mundo no necesita el pan del Instructor, sino una clase particular de pastel cuya receta tenemos nosotros. No necesita agua para apagar su sed, sino el vino contenido en nuestros cálices. Las palabras de vuestro Instructor no ayudarán al mundo, porque son demasiado sencillas y el mundo no puede entender lo que quieren decir. Tenemos complicadas teorías para resolver los problemas complicados del mundo, y el mundo puede comprenderlas».

De esta suerte, fueron pocos de entre aquellos que más ansiosamente anunciaron la venida del Instructor, los que escucharon la enseñanza que dió. Hubo algunos que dijeron: «No es este el Maestro que esperábamos, de modo que seguiremos preparándonos para la llegada del verdadero Instructor»; y los otros construyeron muros y barreras a su alrededor, para que nadie pudiese entrar en contacto con él de no abrir ellos la puerta.

Así, unos cuantos años después, marchóse, y entonces, las mismas gentes le aclamaron como divinamente inspirado, construyeron nuevas iglesias en su nombre, inventaron nuevos y elaborados ritos y ceremonias para su gloria y alzaron una nueva religión sobre las enseñanzas que él no había dado. Y el mundo continuó sufriendo y clamando auxilio.

KRISHNAMURTI VISTO POR UN PROFANO

Se dice que un gato puede contemplar a un rey; igualmente, a un profano que no es miembro de la Sociedad Teosófica ni de la Orden de la Estrella, ni de organización alguna, puede permitírsele decir lo que le llama la atención en el Sr. Jiddu Krishnamurti, tal como lo revelan sus palabras escritas.

En primer lugar, me impresiona por ser muy joven en años. Cuando somos jóvenes, en el momento en que de algún modo empezamos a pensar por nosotros mismos, casi todos nos rebelamos contra la manera en que se nos ha educado, y, casi como una cosa corriente, tratamos de seguir un sendero propio. El joven que ha sido educado en una familia estrictamente cristiana se convierte en un libre-pensador. El joven que ha sido instruído como libre-pensador se inclina hacia la religión cristiana. Así, el Sr. Krishnamurti, educado bajo la tutela de nada menos que la Directora de la Sociedad Teosófica, se rebela contra las creencias corrientes entre los miembros de esa sociedad, y, para citarlo de su último libro, *Vida Liberada,* «Me aparté de los Teósofos y su jerga y sus reuniones».

Está también lleno de aversión hacia algo que—casi se adivina—cargó la total atmósfera en que fué educado por el mentor Karma-yogui de su juventud, —la tensión, el esfuerzo, casi la fiebre de estar siempre *haciendo* algo, sin considerar demasiado si ese algo, una vez hecho, sería o no digno de hacerse. No le agrada el aspecto atareado de aquellos que siempre están apresurándose de acá para allá para *hacer* una cosa u otra. Sospecha, y con razón, que este es solamente el medio de que se valen para no tener que pensar o volver sobre sí mismos, y de esta suerte, desde su punto de vista, difícilmente es esto algo mejor que la atorbellinada vida del mero buscador de placeres, el cual también está tratando únicamente de mantener a distancia el terrible morbo, el pensamiento. Posiblemente, si no hubiera tenido que soportar en su juventud tanta cantidad de ese ambiente de Karma-yoga, no sería tan opuesto a él, hasta el punto de llamarlo droga usada por algunos para ahorrarse el trabajo de pensar.

En segundo lugar, el Sr. Krishnamurti se muestra joven porque espera más de las gentes, en la dirección de las altas normas de sentimiento y pensamiento, de lo que tendría derecho a esperar de la persona ordinaria, sin darse cuenta de ello. Pide a las gentes que trepen a la alta montaña, que asciendan al último escarpado

sendero entre precipicios, que es el único que conduce a la cumbre del monte. También dice que habla a todos los hombres, a *todo* hombre. Pero seguramente está claro que los capaces de atender esta petición suya *no* son los hombres ordinarios, sino más bien los extraordinarios, ya que estos han llegado al nivel de la montaña donde el empinado sendero empieza; no son la multitud que está abajo, donde muchas veredas serpentean hacia arriba, sino los que han conseguido elevarse sobre todos esos caminos.

No obstante, aunque el Sr. Krishnamurti aparece joven en años, se muestra viejo de alma, un verdadero Maestro. Lo que distingue a un Instructor o Maestro, de un organizador, director o supuesto guía, es el hecho de no tener más que un solo deseo dominante en el mundo, un intenso deseo de que los que le escuchan hagan suyo propio el conocimiento que él posee. No desea su adoración, su reverencia, su servicio subordinado. Es más, detesta semejantes cosas cuando impiden a sus oyentes la percepción de lo que está diciendo. Sólo desea con todo su corazón que ellos piensen, no en él, sino en lo que les está diciendo. Con tal que hagan esto último, no le importará que lo dividan a él mismo, al Instructor, en piezas; argüid, disputad con él, tratad de confundirlo, oponeos, haced cuanto podáis para quitarle la razón, porque él sabe que de toda esta oposición sacarán la ventaja de estar más próximos a asir con firme mano su enseñanza que si se la tragan dócilmente y sin cuestionar, al igual que una dosis de la medicina del doctor.

El Sr. Krishnamurti es un hombre tal. ¡A él todo honor! Nada se cuida de su propia personalidad, ni quiere que nadie lo haga. Lo que le interesa, lo único que le preocupa, parece ser esto: que los que le escuchan se sientan movidos a esforzarse en adquirir algo de la misma visión intuicional profunda de la Vida a que él ha llegado, una visión que contempla con igual mirada la Vida en *todas* sus formas, sin excepción alguna, y ama la vida en todas esas formas sin distinción. Parece, en verdad, una clase de visión que no considera la forma, en absoluto, sino solamente la Vida; y al contemplar ésta, ama. El Sr. Krishnamurti trata, al parecer, de despertar en los hombres una facultad completamente, nueva más allá de la racional a la que acudimos los más de nosotros para la extensión de nuestro conocimiento. El llama a esto «dejar que la Vida en vosotros *sienta* la Vida en los demás y la ame». Esta Vida que nos rodea, manifestándose en toda cosa, en toda criatura y en todo ser es lo «Amado», de que tanto habla en sus primeros libros. Lo que ardientemente desea, aquello por lo que trabaja con la íntegra

fuerza de su espíritu, tras las sencillas palabras que profiere su boca, es despertarnos a todos a la presencia de esta Vida por doquiera, para que nos enamoremos de ella, para que ella llegue a ser nuestro «Amado» también, aunque suyo ya lo es. ¡Qué transfigurado, qué cambiado el mundo estaría si él triunfase en ello, si llenase el mundo de esta clase de amadores! Sin embargo, esto es lo que él está intentando hacer; y esto es *todo* lo que intenta hacer. No tiene la menor intención de iniciar nuevas organizaciones, sociedades o iglesias. Trata de hacer surgir *nuevos hombres,* hombres que tengan esta nueva visión de la Vida; pero ello es bastante. ¿Qué hace falta para transformar al mundo en algo superior a todo lo conocido, mejor y más bello que lo ha sido jamás, fuera de un suficiente fermento de hombres esparcidos por toda su masa que amen sin límites ni restricción todo lo que tiene vida? Una vez tengamos un suficiente número de ellos en el mundo, para que transmitan a los otros aquello de que están poseídos de suerte que este amor universal nunca corra el peligro el de morir, sino que tenga un seguro continuado crecimiento e incremento entre los hombres, el mundo estará salvo; no necesita otra salvación.

LA TEMPESTAD

La disolución de lo que fué la Orden de la Estrella: el entierro de lo muerto. Este enterramiento no significa que lo muerto no tuviera méritos durante su vida, pero ¿qué es más importante, el entierro o las oraciones fúnebres? Ni lo uno ni lo otro. No malgastemos pensamientos sobre el asunto. Krishnamurti es una terrible tormenta. Esta es la cosa que importa. ¿Correremos la tempestad con él? ¿Seremos de los elementos libertados, la esencia de esa fuerza que destruirá todas las cosas no esenciales? ¿O tendremos miedo?... Ha de ser una cosa o la otra, los días del «amateur» o aficionado han terminado. ¿Una revolución? Sí, pero no olvidemos que la palabra «revolución» tiene dos significados; en un sentido, revolución es una rotación, un retorno al lugar de que partimos; hay también una revolución que es un levantamiento social. Ahora bien, hemos de hacer de estas dos revoluciones un sinónimo; pues la más grande, la *única* revolución social que no conducirá al caos, sino a un nuevo orden social, ha de asentarse sobre un cimiento eterno, sobre un retorno a aquello de donde hemos venido, la eternidad. Redescubrir el ser fundamental del hombre es construir el hombre nuevo, y por lo tanto, el orden social nuevo.

Hoy se está reuniendo a los trabajadores. Los demás, los que pertenecen al mundo que se está desmoronando, no podrán albergarse por más tiempo tras «insignias» como tras de un paraguas ante el diluvio que avanza.

— *Carlo Suares*

RUMORES FALSOS

Era inevitable que, como resultado de la disolución de la Orden de la Estrella, surgieran muchos rumores absurdos. Citamos algunos de los más absurdos de ellos, para rebatir claramente todos y cada uno de ellos, y esperamos que nuestros lectores obren igualmente si tales rumores se presentaran en su camino.

1.° Que Krishnamurti ha renunciado al nombre de Instructor del Mundo por no tener ya misión que realizar ni enseñanza que dar.

2.° Que al disolver la Orden de la Estrella ha abandonado a todas sus gentes, esquivándolas y retirándose a las montañas.

3.° Que no se celebrarán más campamentos.

En respuesta al primero de ellos hemos de decir que Krishnamurti nunca ha afirmado con mayor claridad que en el último campamento de Ommen su certidumbre de haber alcanzado este estado de perfección y felicidad que él llama liberación. Lejos de haberse concluído su misión, ésta sólo acaba de comenzar en su plenitud. La disolución de la Orden es el primer gran acto del Instructor (o Maestro), siendo una lógica consecuencia de su actitud hacia la vida. La Orden ha sido disuelta porque era una barrera y una limitación para la difusión de su enseñanza; *no* porque el Instructor haya denegado su aserto.

El segundo rumor es casi el más cómico y burdo de todos. ¿Cómo podría Krishnamurti abandonar a «su gente» más que habiendo faltado en su propia adhesión a la verdad? El es eternamente el amigo y compañero de todos los que quieran caminar con él en busca de la verdad. Nunca se insistirá bastante en que la disolución de la Orden no es más que la ruptura de una forma para que la vida pueda fluir sin limitación. En esto no hay abandono de viejos amigos ni traición de la confianza, sino un más íntimo estrechamiento de los lazos de la afección y cooperación.

Claramente dejamos sentado que el Campamento de Benarés, India, se celebrará del 10 al 17 de Noviembre de este año, que el Campamento de Ojai, California, se celebrará del 21 al 30 de Mayo de 1930 y el de Ommen, Holanda, a fin de Julio de 1930. La única diferencia será la de que, así como previamente la asistencia a estos campa-

mentos estaba limitada a los miembros de una organización particular o a los que simpatizaban con esa organización, ahora estarán abiertos para *todos* los que deseen asistir a ellos y todos serán bienvenidos, sin distinción alguna. Todos los detalles de los campamentos de Ojai y Ommen se publicarán en el BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA a su debido tiempo.

— *Los Editores*

CARTA INFORMATIVA

Después de terminado el Campamento de Ommen, hubo una gran reunión en el Castillo de Eerde durante cerca de una semana. Había más de sesenta huéspedes, habiendo venido algunos de ellos especialmente a discutir y liquidar los detalles legales y materiales relacionados con la disolución de la Orden de la Estrella y con el establecimiento por todo el mundo de agencias activas de The Star Publishing Trust (El Trust o Sindicato Editorial de la Estrella), sobre el cual recae ahora toda la propaganda, y la publicación y venta de los escritos de Krishnamurti. Muchos de los huéspedes tuvieron también el placer de ponerse en contacto personal con Krishnamurti y discutir con él su punto de vista.

* * *

Durante el mes último ha estado Krishnamurti descansando y reponiéndose en el Tirol austriaco, estando ya dispuesto para marchar a la India, donde le espera un amplio programa de ocupaciones. Antes de embarcarse en Trieste el 11 de Octubre, en el vapor «President Wilson», visitará Eerde durante una semana para discutir allí con el Sr. Rajagopal y otros, ciertos planes de trabajo en el Centro Internacional. Luego, después de una rápida visita a Londres a fines de Septiembre, seguirá a París, donde se han concertado muchas importantes entrevistas con él. Saldrá de París para Trieste el día 9.

* * *

De momento está planeado su programa en la India como sigue:

a. Reunión del Campamento Indio, en Benarés, del 7 al 14 de Noviembre.

b. Visitas a tres o cuatro ciudades importantes de la India Septentrional.

c. Pláticas dirigidas a una reunión de amigos de la India Meridional, en Madrás.

d. Visitas a dos o tres ciudades importantes de la India Meridional.

* * *

Después de esto nada se ha fijado definitivamente, excepto que, desde la India seguirá Krishnamurti *directamente* a California *por* Europa.

Fechada en 20 de Septiembre. *Yadunandan Prasad.*

EL STAR PUBLISHING TRUST INTERNACIONAL Y SUS AGENCIAS

El «Trust» Editorial de la Estrella (The Star Publishing Trust) fué fundado hace más de tres años en Eerde, Ommen, Holanda, por algunos amigos de Krishnamurti que estaban convencidos de las valiosas verdades contenidas en sus pláticas y escritos y estaban deseosos de que estas verdades fueran comunicadas rápidamente y con amplitud al mundo. La norma del «Trust» ha sido publicar las obras de Krishnamurti en tal forma externa que hallasen aceptación en las bibliotecas, librerías y entre el público en general. Si se han obtenido algunos beneficios, han sido invertidos en la confección de ediciones baratas, para obtener una más amplia circulación y libre distribución. No es preciso hacer mención aquí de lo que el «Trust» ha hecho durante los tres últimos años, por ser bien conocido de los lectores del BOLETIN, pero ha de insistirse mucho en que, aunque el «Trust» funciona bajo principios comerciales, no es ciertamente una organización para hacer dinero con destino a persona o sociedad alguna.

Ahora que Krishnamurti ha disuelto la Orden de la Estrella, la responsabilidad del «Trust» ha aumentado enormemente y todo el trabajo de publicidad y suministro de información sobre Krishnamurti, sus enseñanzas y actividades, que anteriormente tenía a su cargo la Orden de la Estrella y sus oficinas de todo el mundo, tendrán que hacerlo el «Trust» y sus Agencias en los diferentes países.

Había razón para que la Orden de la Estrella fuera disuelta, estando organizada sobre la base de creencia o autoridad espirituales; pero quedaba en pie la necesidad de un *mecanismo* para facilitar información sobre Krishnamurti a aquellos que la desean; para costear la publicación de los libros y del BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA, de modo que las pláticas de Krishnamurti pudieran difundirse sin demora entre un público más amplio que el de los auditores inmediatos; para dar información auténtica al público general sobre Campamentos y reuniones en Ommen, en América y en la India; para mantener constante contacto con los interesados. El «Trust» Editorial y sus Agencias se esforzarán diligentemente en realizar estos propósitos.

Por consiguiente, se verá claramente que el «Trust» y sus Agencias han aceptado una responsabilidad y una carga financieras, compren-

diendo partidas de gastos tales como los gastos auxiliares de oficinas, cargos de imprenta por hojas y folletos distribuídos para dar información, correo y objetos de escritorio, y demás dispendios necesarios; y no puede hacerse frente a todos estos desembolsos con los beneficios de la venta de libros de cualquier autor, por muy distinguido que sea.

Ha de haber muchos, por todo el mundo, que simpaticen con el trabajo del «Trust» y sus Agencias, y que ansíen prestar cualquier ayuda que esté en su mano, personal o económica, por estar ellos mismos convencidos de la necesidad de difundir el mensaje de Krishnamurti por el mundo. Esperamos que ellos nos ayuden en la circulación de nuestros libros y del BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA, por mediación de los libreros y las bibliotecas locales. Sus ofrecimientos de auxilio económico serán acogidos con gratitud por el «Trust» y sus Agencias. Acogeremos también y daremos cuidadosa consideración a todas las nuevas ideas sobre propaganda o publicación.

— *The Star Publishing Trust*
Eerde - Ommen - Holanda

E D I T O R I A L

En casi todas las pláticas que da Krishnamurti, tiene el cuidado de insistir en que no está presentando una nueva religión, una nueva filosofía, un nuevo sistema de pensamiento, que puedan ser convertidos en credo o dogma. Habla de una vida que se ha de vivir, una experiencia a realizar, una meta que ha de alcanzar el individuo por y para sí mismo.

Todo lo que dice está basado sobre su propia experiencia de la consecución de esa meta. Nos cuenta lo que ha encontrado. Describe, en el grado en que le es posible, ese estado de perfecta plenitud que asegura ser la meta para toda vida condicionada. Habla con la autoridad de la experiencia y del logro, pero no pide aceptación ni ciego seguimiento. Su apreciación de la vida está basada en su propia experiencia del vivir, y la experiencia nunca puede encerrarse en un sistema o una fórmula, ya que toda experiencia es asunto de singularidad individual, y todo intento de sistematizar aquella, de ponerla dentro de una forma que pueda ser repetida por otro, es matar la vida que está en la base de toda experiencia.

* * *

Nadie puede dudar de la experiencia de otro ni repetirla, pues dos personas jamás pueden pasar por la misma. Aparentemente, esto podría considerarse como una afirmación objetable, pero considerándola un instante se verá su verdad. Las mismas circunstancias pueden existir o presentarse para diferentes individuos, pero la reacción ante esas circunstancias será diferente en todos ellos, y de aquí que la experiencia de uno no pueda ser nunca la misma de otro. Todos los hombres nacen, pero nacen diferentes y de diferente manera, como atestiguarán todas las madres y, no obstante, toda experiencia conduce al mismo fin, que es la plenitud de la vida en la perfección. La singularidad individual se expresa a sí misma en este proceso de lucha hacia la realización, pero en la consecución todos son uno. La margarita nunca será rosa, pero al alcanzar su propia perfección la margarita se unifica con toda perfección.

El alimento de un hombre es el veneno de otro, el deseo de uno es la repulsión de otro y el cielo de unos es el infierno de otros; pero alimento y veneno, deseo y repulsión, cielo e infierno conducen a los hombres igualmente a la misma meta.

* * *

El único aspecto universal de la humanidad es su aspecto individual, por paradójico que pueda resultar. La división natural de los seres humanos es en individuos, y todos los individuos están unidos por el lazo común de la vida. Todas las demás agrupaciones, sea en razas, naciones, religiones, sectas o clases, son artificiales y, como tales, limitaciones puestas sobre lo universal. Religiones, filosofías, credos, sistemas, todos pierden de vista esta singularidad individual y se esfuerzan en ajustar la vida del individuo a un molde, a un común patrón, a una unidad común, mientras aun está en el proceso de llegar. De este modo, como Krishnamurti constantemente indica, se tuerce, falsea y mantiene en cautiverio la vida, porque el hombre puede solamente colmar la vida que está en su interior cuando tiene libertad para su expresión individual. El grupo y el individuo siempre están en oposición, porque el primero inevitablemente pone una limitación sobre la libertad del segundo. Los jefes o directores de una raza o nación están siempre tratando de forzar al individuo perteneciente a esa raza o nación particular, por medio de la educación, tradición y opinión pública, dentro del molde de la conciencia de esa raza o del espíritu nacional. Si el individuo nace en determinada religión o clase, la firme presión del ambiente tiende a forzarle hacia la conciencia de ese grupo y, según el individuo se va sumergiendo en el grupo, va perdiendo su individualidad, esto es, su humanidad.

Krishnamurti apela al individuo, y por consiguiente, su apelación es universal. El no se dirige a ningún grupo cualquiera, puesto que el grupo está siempre opuesto al individuo, y por ello, a lo universal, y dentro de todas las agrupaciones los hombres están metidos como en una jaula, separados de sus compañeros.

* * *

Krishnamurti no nos habla como filósofo, ni como científico, artista u hombre de acción, porque todas estas son fases especializadas de la expresión de la vida. Aprender de la vida por medio de la religión, filosofía, ciencia, arte o actividad externa es limitar las lecciones que la vida enseñaría con la mera experiencia del vivir. Ninguna de estas expresiones limitadas puede enseñar al hombre el medio de explayarse a sí mismo libremente y, por consecuencia, Krishnamurti las caracteriza como no esenciales para el verdadero propósito de la vida. Mas para el hombre que ha establecido su propósito en la vida y que considera toda experiencia como medio para su fin, todas estas cosas y en verdad toda expresión de la vida serán enton-

ces útiles. Para el hombre que está «enamorado de la vida» cada cosa es una experiencia que le acerca a su amada, ya sea esa experiencia una gran filosofía o ya una gran emocion, una hoja de hierba en el campo o un guijarro en la playa, una sonrisa o una lágrima en el rostro de su vecino. Un hombre puede ser un gran científico, artista o filósofo, pero cuando viene la muerte o el desengaño del amor ¿serán más nobles sus reacciones hacia esas experiencias que las del hombre que trata de comprender la vida por la ordinaria experiencia del vivir? Un hombre puede ser un gran filósofo y carecer sin embargo de cortesía, bondad y consideración hacia el criado que le atiende, o hacia el miserable que en la calle le pide limosna.

La prueba del vivir está en la reacción diaria ante toda experiencia. Solo la plenitud en experiencia conducirá a la plenitud en el triunfo. Si el proceso se hace perfecto, el fin tiene por fuerza que serlo también.

* * *

Krishnamurti es un maestro de la vida porque en él, como individuo, la vida se ha explayado perfectamente. No es un instructor de sistemas, filosofías, religión; y desde ninguno de estos puntos de vista limitados puede su enseñanza ser comprendida enteramente. Pero todos los que están deseosos de dejar que la vida sea su propio maestro, sin estremecerse ante ninguna experiencia, esforzándose en comprender, responderán cuando Krishnamurti les hable de esa libertad y felicidad que es la meta para todos, lo aceptarán como amigo y compañero, a causa de la comprensión que él tiene de la vida.

Aquellos cuyas vidas están basadas sobre una creencia, teoría, religión o filosofía, acaso rechacen la enseñanza de Krishnamurti por ser demasiado vaga, demasiado poco práctica, porque para ellos la vida siempre ha estado limitada por muros, y el libertarse del pensamiento sistematizado represento para ellos el caos, y carecen de fe en el poder del hombre para dirigirse a sí mismo. Pero siempre es cierto que «el que vive la vida conocerá la doctrina» y los que tratan de vivir en la luz que Krishnamurti ha despertado en ellos, saben de qué manera ilumina esa luz cada instante del día. Vivir perpetuamente enfocado en el momento eterno es vivir una vida casi infinita en sus resultados prácticos.

* * *

Nunca llegará el hombre solamente por la crítica intelecual a la plenitud de la vída, pues ésta, como Krishnamurti nos dice, se alcanza por el perfecto equilibrio de la razón y el amor, y ningún desenvolvimiento unilateral conducirá a la perfección. La vida tiene un significado diferente para cada hombre; unos siguen una vereda y otros otra, pero todos los senderos llevan a la misma meta. Krishnamurti habla del pico de la montaña donde todos los senderos convergen, y ninguna crítica de ese sendero puede hacerse útilmente por los que todavía están luchando para llegar a él. Pero puede ser de valor para los diferentes viajeros el cotejar experiencias, describir sus diferentes senderos, y discutir, desde sus diversos puntos de vista, lo que han visto y comprendido de la cima de la montaña.

Durante los meses pasados, desde el Campamento de Ommen con su nota característica de «No componendas», tiene que haber habido muchos que hayan estado investigando en sus corazones con apasionada intensidad para descubrir en qué grado están transigiendo con cosas no esenciales. Casi todas las personas han vivido la mayor parte de su vida dependiendo de cosas externas para su comodidad, su felicidad, su fuerza, sin reconocer conscientemente esa dependencia. Han estado todas sus vidas prisioneros de la tradición y de la costumbre, de creencias de toda especie, de amigos y parientes, y, a primera vista, la perspectiva de desenredarse de todas esas cosas los anonada.

El desvalido niño depende de sus padres y, según va creciendo, esta dependencia se extiende a un más amplio radio. Se enseña al niño a venerar a un Dios exterior a él mismo, se le presenta como verdad una serie completa de teorías y creencias, inculcándoselas por la incitación del premio o miedo al castigo. Está circundado por las tradiciones, costumbres y puntos de vista de su familia, de su raza, de su nación, aprende a depender de cosas externas a sí mismo para sus placeres; del amor personal, con todos sus acompañantes de los celos, el dolor y la pérdida, para su felicidad; su conducta está regulada por códigos de moralidad establecidos en edades pasadas.

Hay algunos que se rebelan contra estas restricciones que les rodean, pero su rebeldía, por no ser inteligente, les conduce a mayor dolor o a la esclavitud más estricta. Solo triunfan al romper con un mon-

tón de creencias o con todas, para quedar todavía más esclavizados por sus propias pasiones. Y ahora se les dice que es posible la liberación de todas las cadenas y de todas las jaulas, y que solo en la libertad se ha de hallar la verdadera y perdurable dicha. Se les enseña, además, que cada cuerda que les ata la han fabricado ellos mismos, y que nadie puede libertarles sino ellos. Ni rezos, ni adoraciones, ni códigos morales, ni convencionalismos sociales, ni lealtades o amores personales pueden jamás aflojar los lazos que el hombre ha enrrollado a sus propios miembros. El mismo ha de libertarse rehusando permanecer atado por más tiempo.

Pero sólo cuando el hombre empieza a buscar la libertad con todo su corazón es cuando se convence de que ha llegado a amar sus ligaduras. ¡Qué agonías han soportado los hombres al desembarazarse de las locuras y supersticiones de la religión, de sus mediadores y del dios creado por ellos mismos! Y, sin embargo, cuando alcanzan esa libertad ¡qué gloriosa experiencia! Reconocer que tenéis el poder de crear a dios a vuestra propia imagen es más intoxicante que venerar en un santuario, porque entonces cada día podéis re-crearos a vosotros mismos.

Para los hombres que se han criado en la estrecha concepción del patriotismo—«mi tierra, con razón o sin ella»—, o en las angostas tradiciones de una clase, parece como una traición al país o a la clase el avanzar rompiendo esas limitaciones y el desarrollar una conciencia que incluya todas las clases, razas y naciones; y el hombre que cruza estas limitadas fronteras es considerado como traidor por su casta y por sus paisanos; pero para él hay una nueva conciencia de la vida, porque él vive en los muchos en vez de en los pocos.

Lo más áspero de todo es, sin embargo, para los hombres, el desligarse de sus afectos. Para aquellos que consideran el amor personal como la cosa más importante del mundo, la idea de un amor que nada pide, que no depende del objeto amado, que no excluye sino que incluye, les parece solamente otra clase de indiferencia. Los celos son una prueba de amor para la mayoría de las gentes, y estas no reconocen como tal un amor sereno e inalterable bajo todas las circunstancias. Las más de las gentes desean ser amadas exclusivamente, y un amor compartido no vale para ellas nada. La pasión, los celos, el exclusivismo, el miedo a la pérdida son las cadenas con que los hombres han convertido el amor en una prisión; sólo librándose de ellas puede el amor realizar su plena belle-

za. El amor universal transciende el particular, como la cumbre del monte transciende el valle.

Se han registrado casos de hombres que habían pasado la mayor parte de su vida en una prisión, y que cuando al fin se enfrentaron con la libertad la encontraron llena de terrores y se volvieron con gusto al familiar medio ambiente de los muros de la cárcel. La cautividad engendra miedo a la libertad. Los cautivos de mente y alma también están temerosos de los espacios abiertos y del aire puro del pensamiento y vida libres. Tienen miedo a desplegar sus alas y remontarse en el aire claro de la mañana. Dan un paso hacia la libertad y entonces retroceden de nuevo hacia el seguro y cómodo refugio de las cosas familiares.

Hace falta denuedo para alcanzar la libertad, intrepidez para acabar con el compromiso o transacción y la débil dependencia de ayuda exterior. Hace falta valor para hacer frente a la aparente soledad del águila en su vuelo. Cuando miramos hacia fuera desde los barrotes de nuestra cárcel, el mundo de liberación parece un reino extraño y desconocido. Pero la persona que tiene el valor de romper las barras y derribar los circundantes muros se encuentra en un mundo tan glorioso, tan vasto, tan lleno de esplendor, que se admira de haber estado satisfecho de permanecer prisionero por tan largo tiempo, y llama a aquellos que aún están aprisionados tras las rejas de su propia creación para que salgan a la libertad a gustar de la dicha que el prisionero nunca puede conocer. La elección es nuestra: quedar cautivos acariciando nuestras cadenas, adornando los barrotes, pretextando que permanecemos cautivos para poder ayudar a nuestros compañeros de esclavitud; o romper todas las barreras y probar nuestra fuerza en la libertad.

THE STAR PUBLISHING TRUST

LISTA DE AGENTES

AUSTRALIA:	Mr. John Mackay, Myola, 2 David Street, Mosman, Sydney, N. S. W.
BRASIL:	Sr. A. de Souza, Rua Santa Alexandrina 221, Río de Janeiro.
CUBA:	Dr. Dámaso Pasalodos, Consulado, 18, Altos, Apartado 2474, Habana.
INGLATERRA, GALES E IRLANDA:	Mrs. Gertrude Roberts, 6 Tavistock Square, Londres, W. C. 1.
ALEMANIA:	Mr. James Vigeveno, Viktoriastr. 7, Berlin-Neubabelsberg.
HOLANDA:	Mr. M. Ch. Bouman, Alkmaarsche Straat 1, Scheveningen.
NORUEGA:	Dr. Lilly Heber, Apartado 34, Blommenholm.
POLONIA:	Mrs. H. Boloz Antoniewicz, Moniuszki 4/7, Varsovia.
ESCOCIA:	Mrs. Jean Bindley, 12, Albert Terrace, Edinburg.
SUECIA:	Miss Noomi Hagge, Villagatan, 17, Estocolmo.
NUEVA ZELANDIA:	Miss E. Hunt, 171 Idris Road, Papanui, Christchurch.
ESTADOS UNIDOS:	Mr. E. Osborne, Room 1526, 100 E. 42nd St., Nueva York.
ESPAÑA:	D. Francisco Rovira, Paseo de las Delicias, 64, 2.° dcha., Apartado 867, Madrid.

En el próximo mes aparecerán nuevas direcciones en esta lista.

FUNDACION DEL CAMPAMENTO DE LA ESTRELLA DE OMMEN

LISTA DE AGENTES

AUSTRIA:	Dr. Richard Weiss, Schelleingasse, 9, vii-6, Vienna IV.
CHECOESLOVAQUIA:	Mr. Joseph Skuta, Ostrava-Kuncicky.
INGLATERRA:	Mrs. Gertrude Roberts, 6 Tavistock Square, London WC-1.
ESTONIA:	Miss Margaret Kendler, c/o P. Irtel von Brenndorf, G. Scheel & Company, Tallinn.
FRANCIA:	Mme. Zelma Blech, 21 Avenue Montaigne, París VIII.
ALEMANIA:	Mr. James Vigeveno, 7 Viktoriastrasse, Berlin-Neubabelsberg.
HOLANDA:	Mrs. C. Kroesen-van Goens, Leuvenschestraat 37, Scheveningen.
HUNGRIA:	Mrs. Ella von Hild, 9 Ferem Korut 5-2-II, Budapest.
IRLANDA:	Mr. Leslie Pielou, 13 Sandford Road, Ranelagh, Dublin.
YUGOESLAVIA:	Miss Jelisava Vavra, Primorska Ulica 32, Zagreb.
LUXEMBURGO:	Mr. Mathias Brenner, 168 Route de Thionville, Luxembourg-Bonnevoie.
LETONIA:	Miss Vera Meyer-Klimenno, Lacplesa'iela 23 dz. 6, Riga.
NORUEGA:	Dr. Lilly Heber, P. O. Box 34, Blommenholm.
POLONIA:	Mrs. H. Boloz Antoniewicz, Moniuszki 4/7, Warsaw.
ESCOCIA:	Mrs. Jean Bindley, 12 Albert Terrace, Edinburgh.
SUIZA:	Mlle. Helen Rochat, 31 Riant Parc, Geneva.
GALES:	Miss E. C. Owen, 26 Winchester Avenue, Roath, Cardiff.
ESPAÑA:	D. Francisco Rovira, Paseo de las Delicias, 64, 2.º derecha, Apartado 867, Madrid.

De mes a mes se irán anunciando más nombramientos de agentes en este Boletín.

FUNDACION DEL CAMPAMENTO DE LA ESTRELLA DE OMMEN

EERDE - OMMEN - HOLANDA

IMPRENTA IZAGUIRRE, CHURRUCA 11